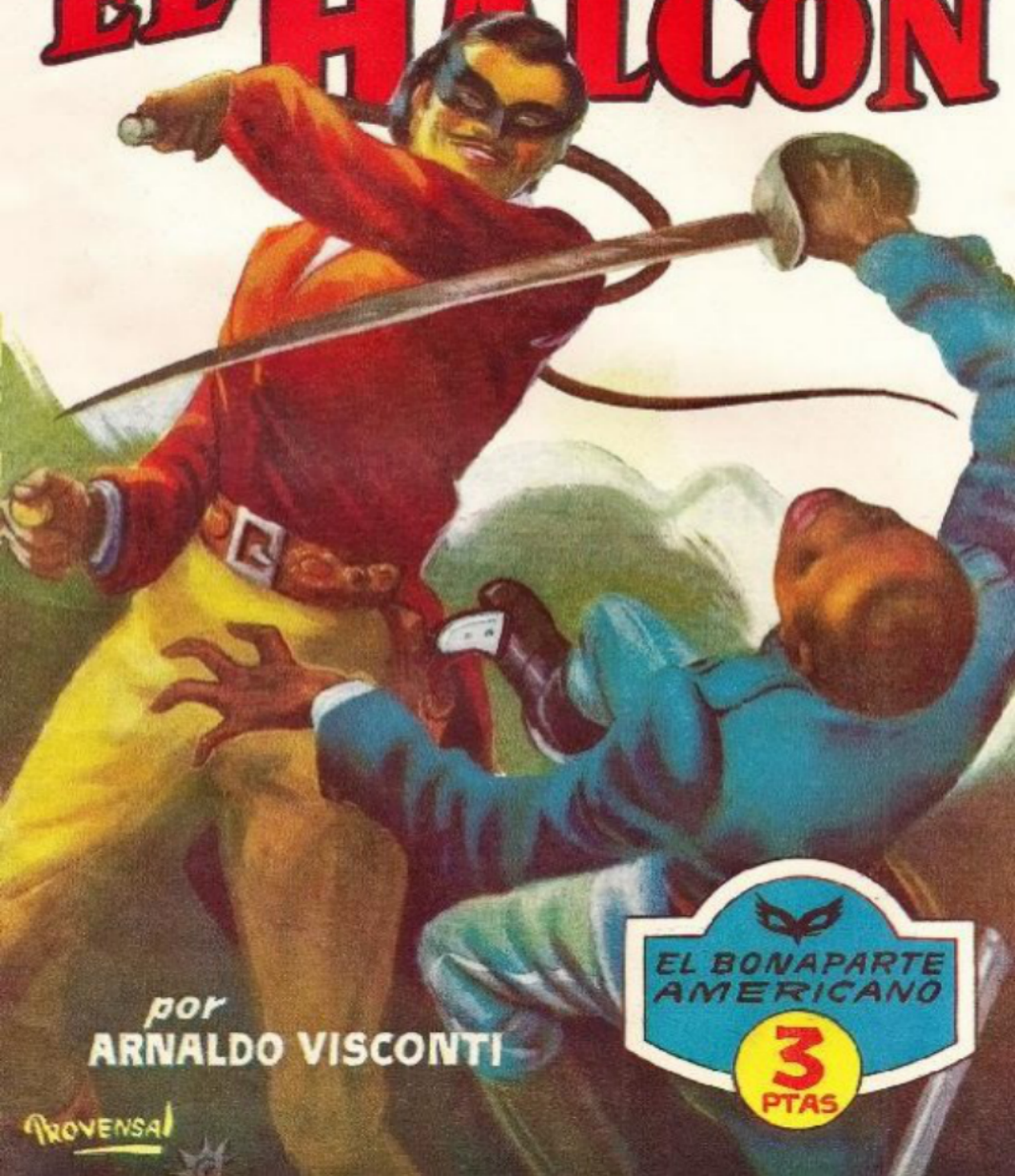


EL HALCÓN



por
ARNALDO VISCONTI

PROVENSA



El HALCON



EDITORIAL  BRUGUERA

Es propiedad del Editor.
Reservados los derechos.

IMPRESO EN
EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

El BONAPARTE AMERICANO

A detailed black and white illustration of a steam locomotive engine, shown from a side profile. It features a large smokestack emitting a plume of smoke, a prominent boiler, and large spoked wheels. The locomotive is positioned to the left of the word 'AMERICANO' in the title.

CAPÍTULO I

LA ÚLTIMA LECCIÓN

Todos los cadetes oficiales de la Academia Militar de Richmond se pusieron en pie como un solo hombre cuando en el aula entró Jason Blake.

Veneraban, con respeto filial al original y excéntrico jefe, joven General de treinta y siete años, bondadoso y humorista, pero duro como el pedernal cuando la ocasión lo exigía.

Jason Blake, magro, endeble y de ardientes ojos de iluminado, poseía una impasibilidad tan pétreo que le había valido el sobrenombre de "Muro de Piedra".

Nada le minutaba, y solía decir que su flemática actitud no era más que la primera lección práctica de disciplina de los propios nervios que deseaba inculcar a sus discípulos.

Tenía una filosofía propia de la guerra, y había puesto los puntos sobre las "íes" en sus teorías de preparación militar. Sus discípulos apreciaban su ausencia de empaqué y pomposidad, y valoraban el hecho de que la mayor parte de su trabajo no iba encaminado a inútiles paradas y desfiles, sino a ejercicios relacionados con el combate.

Alguna de sus máximas se había hecho célebre: "La mejor manera de defenderse no es parapetarse: es golpear inesperadamente y al estilo bandolero, a favor de la noche, y después escabullirse prudentemente".

Con la pizarra detrás de él, las filas de los oficiales-cadetes sentados delante, explicaba incansablemente, entremezclando máximas que repetía como si pretendiera ahincarlo con el martillo de su voz sonora.

—Buenos días, señores. Como presumo que hoy daré mi última lección teórica, empezaré por aplicar una ley bélica que asegura que no es mal enemigo el que avisa. Muchos de ustedes vendrán seguramente a formar a mis órdenes en el campo de batalla. Bueno es, pues, que advierta bíblicamente que las ramas podridas las podaré. Los torpes, los borrachos, los perezosos y los enredadores no tienen derecho a disfrutar de autoridad y mando. Y ya que el destino o la vocación les han hecho elegir la profesión de Jefes de hombres, les diré cuáles son a mí entender las cualidades del jefe: la primera de ellas es Voluntad: nada desalienta tanto a los subordinados como un jefe indeciso y vacilante. Concisión: la primera cualidad de una orden es que sea clara y precisa. Respeto: no admitir ni dar familiaridades, para lo cual no es preciso ser un envarado engreírlo, sino, simplemente, un martillo cordial. Paciencia: porque se manda en hombres tal como son, y no tal como deberían ser. Discreción: no decir más que lo que haga falta, a quien haga falta y cuando haga falta. Nada realza tanto la autoridad como el silencio. Hablar en demasía es diluir el pensamiento, desperdiciándolo y dispersándolo. La exposición de vuestras órdenes debe ser simple y rápida: la acción no obedece a planes complejos. Saber escuchar mucho, hablar poco. Pero haced callar a los

charlatanes inútiles, que son cronófagos que devoran vuestro tiempo. Conoced bien a vuestros soldados y que ellos sepan que los conocéis. No les llaméis por su número, sino por sus nombres. Tratáis a hombres, no a instrumentos. No tengáis nunca favoritos, y recordad siempre esta otra advertencia: de la cobardía de un soldado, yo no exigiré nunca cuentas al soldado, sino a su oficial. Recuerden bien esto, señores cadetes. Sus hombres serán lo que ustedes sean.

Hizo una pausa Jason Blake, y entonces, cogiendo una tiza de encima de la mesa, la miró unos instantes, para decir como quien anuncia un acontecimiento sin importancia:

—En el Norte, en lugar de saludarse diciéndose: "Buenos días", se gritan con entusiasmo: "¡Hacia Richmond!". Y desean visitarnos, anunciándose con granadas y otras menudencias. El General jefe Johnston, para acumular más obstáculos en la ruta de nuestros enemigos, me ha honrado designándome jefe de una brigada, expedicionaria, con libertad de movimientos, y el privilegio de poder elegir mis propios oficiales. Luego a aquellos de mis oyentes que deseen aguantar mis tarascadas de jefe ensoberbecido, que levanten la mano derecha; serán oficiales combatientes bajo mi mando.

En cada pupitre hubo un cadete con el brazo en alto. Alguno de ellos, por deseos de ser mejor visto, se levantó a medias.

Jason Blake permitióse una de sus escasas sonrisas.

—Gracias. Seguiremos, pues, las clases prácticas en el terreno práctico. Quizá, según los cánones, debería ahora dirigirles un discurso inflamado, haciendo constar que nuestros enemigos son: ruines, cobardes y perversos. Lo siento, pero no es así. Ellos son como nosotros, norteamericanos caballerosos, valientes y honestos. Si no fuera así. ¿Qué mérito tendríamos en vencerles? Los trataremos con la máxima cortesía, es decir, nada de insultos anticipados, sino, simplemente, tratar de vencerles sin odio. Como nosotros, tienen armas, y si no les inutilizamos, nos inutilizarán. Es, pues, ley de sobrevivencia impedir que nos apabullen. Y ahora, mi última lección, que puedo calificar de práctica, porque representará el cuadro de operaciones a donde nos encaminamos.

Con rasgos rápidos y escribiendo los nombres de las ciudades, montes y ríos con diestra velocidad, fué trazando Jason Blake el mapa-croquis del único frente y campo de batalla en que los del Norte, unionistas, y los del Sur, separatistas, estaban ya librando pequeñas escaramuzas.

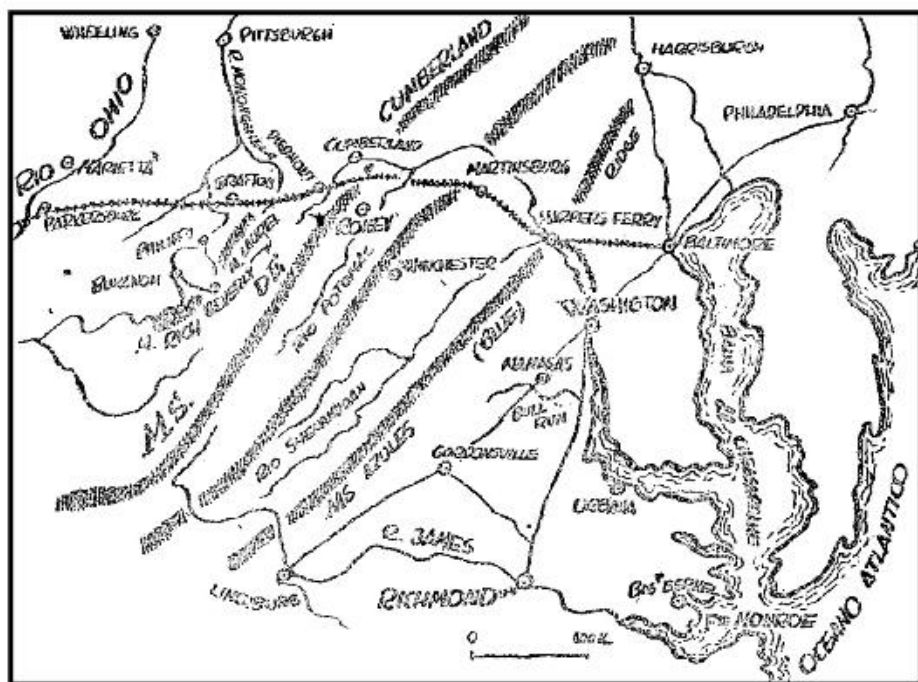
Se separó de la pizarra, y a medida que iba explicando, puntuaba con el dedo hacia el lugar señalado en su teórica explicación del principio de la batalla que, extendiéndose al continente, iba a durar cuatro años, con saqueos, incendios, asaltos de indios, rebeliones de negros, bloqueos, sucesivas alternativas y episodios de pintoresco sabor antiguo.

—La Unión ha llamado a las armas setenta y cinco mil hombres, cuyos uniformes azules son mandados por el vencedor de Méjico, el General Scott, que fué gran amigo mío, y que en broma solía llamarme Bonaparte, con lo

cual me hizo concebir desmesuradas ilusiones. Espero no desengañarle demasiado.

Los cadetes rieron alborozadamente, Blake siguió, impasible:

—El General Scott es, pues, el jefe enemigo. Es el vencedor en la campaña de Méjico, y tiene grandes dotes de mando. Ha organizado diez cuerpos de ejército, con los que se propone terminar con nosotros los sudistas, haciéndolos penetrar hasta el Mississippi si es preciso, y nosotros no supiéramos llevarle la contraria. Por de pronto, y según nuestros informes, no dispone más que de seis cuerpos que ha distribuido de la siguiente manera: dos en los Estados de Missouri y Kentucky, en plan de vigilancia, porque estos dos Estados no saben si unirse o no a nosotros. Los cuatro restantes, en plan de combate, los ha repartido cerca de nuestra capital Richmond, que es para ellos el objetivo principal de las operaciones, como lo es para nosotros Washington. Esta máxima de atacar las capitales centrales se debe al efecto moral. Prácticamente, el tiempo dirá y demostrará que si ellos pierden Washington, podrán establecerse en Baltimore, y sucesivamente en Filadelfia, etcétera. Y si nosotros decidiéramos abandonar Richmond, tenemos otras capitales donde vivir cómodamente. Pero, por el instante, si bien no es el factor decisivo, podemos afirmar que nosotros pretendemos entrar en Washington y ellos pretenden entrar en Richmond. El tablero está aquí.



Jason Blake, calmamente, hizo con la mano un círculo abarcando el croquis dibujado en la pizarra.

—El General Scott, jefe de los unionistas, ha colocado un cuerpo de ejército a las órdenes de Patterson para operar en el valle central de los Alleghany, otro bajo el mando de MacDowell para marchar directamente sobre Richmond, otro en el fuerte Monroe dirigido por Butler para amenazar nuestra ciudad por el flanco derecho, y, por último, el más poderoso, que manda MacClellan, para apoderarse de la Virginia occidental y caer por el flanco izquierdo sobre Richmond.

Giró Jason Blake sobre sus tacones:

—Vayan ahora tomando notas, porque cuanto expongo es la base de futuras operaciones. Nuestro General Jefe Johnston desde el primer momento, apenas resonaron los cañonazos del fuerte Sumter ¹, colocó a nuestros uniformes grises en el valle interior de los Alleghany o cuenca del Senandoah, tomando la ciudad de Winchester como centro de aprovisionamiento, mientras los unionistas se han establecido en Martinsburg para desde allí esperar el ataque y cortar el paso. Butler, en el fuerte Monroe, pretende atacar Big Bethel, pero tenemos allí los suficientes uniformes grises para estar tranquilos. MacClellan ha dirigido su marcha con gran inteligencia, debo reconocerlo. Comprende toda la importancia del ferrocarril que va desde Washington y Baltimore a Parkersburg y se ha situado estratégicamente en los montes Rich y Laurel. Nosotros nos hemos hecho fuertes en Filippi, Piedmont y Romey. Tengo por seguro que pronto se entablará una gran batalla para decidir el dominio de este ferrocarril. Gozando de autonomía para elegir la zona de concentración, me he inclinado a efectuarla en las cercanías de la ciudad de Manassas. Si consigo acampar en el río Bull Run, mi brigada será una pistola que apunte rectamente, al corazón de la capital unionista. Una gran empresa, señores oficiales. Mañana a las seis de la madrugada estarán todos acuartelados. Disponen del día de hoy y su noche para despedirse de familiares, novias, escarceos y botellas. Partiremos hacia Manassas dentro de unos días. Pueden retirarse.

Fué el cadete Lewis Melby, el ayudante del General, el que lanzó varios "hurra" y "vivas" coreados entusiásticamente por todos. Retiráronse los cadetes, y en el aula no quedaron más que Jason Blake y otro individuo.

Éste, no vestía el uniforme gris, sino un atuendo original. Una chaqueta de color granate, de anchas solapas cruzadas, una camisa de cuello abierto, un pantalón de color ocre ceñido a las musculosas piernas, y unas botas de brillante charol.

Su estrecha cintura estaba rodeada por un cinto plateado, donde a la izquierda se enfundaba una larga pistola, y a la derecha, de un garfio colgaba un látigo arrollado.

El rostro daba una impresión de sardónico regocijo. El cuerpo producía inmediatamente una sensación de extremada fortaleza.

Se puso en pie, y la recia complexión atlética tenía, sin embargo, esbeltez, dada su elevada talla. Aproximándose, hizo un saludo burlón al General Jason Blake.

—Ha estado emocionante, mi General. He humedecido dos pañuelos. Su estilo oratorio es digno de Napoleón. Tendré a gran honor el haber conocido al Bonaparte americano.

—Recuerdo, Gambler, que usted emitió no ha mucho sus dudas acerca de si el director del manicomio, donde presume que terminaré mis días, y yo, no nos pondríamos de acuerdo sobre quién de los dos tenía más derecho al título de Napoleón. Si le he invitado a asistir a mi última lección, no ha sido por afán de que usted se reafirme en su particular opinión, sino para tratar de los dos asuntos vitales por los que usted está en Richmond. A partir de esta noche, ya dispondré de muy poco tiempo para ocuparme de nada que no sea lo concerniente a mí brigada. Le invité a venir a Richmond, primero con una sola intención: la de asegurarme la carga de armamento del "Bealby", que sólo usted tiene atribuciones para vender al mejor postor.

—Precisamente estoy en traje de viaje, porque dentro de unos instantes me pondré en camino para reunirme con el Capitán del "Bealby". A mi regreso ya le visitaré, General, tanto si sigue usted aquí, como si está corriendo delante o detrás del General Scott.

—¿Dónde está el "Bealby"?

—Pertenece al secreto más impenetrable, General. El armamento es miel muy codiciada, y las paredes pueden tener oídos.

—Conserve su secreto, mientras no se olvide de que yo soy el mejor postor, y todo el transporte del "Bealby" está ya prácticamente en mi poder.

—No ignorará usted que desembarcarlo es labor ardua. Hay muchas moscas alrededor de la miel.

—Sé que usted, si se lo propone, puede llamar ingenuo al más redomado tramposo. Por lo tanto, considero ya desembarcado y en mi arsenal todo el armamento del "Bealby". Bien; éste punto está ya discutido. Pasemos al segundo. Le hice constar que en Richmond, y en sus lugares nocturnos de placer, habíanse infiltrado agentes del Norte con la misión de desmoralizar, obtener informes y crear dificultades. "El Halcón" me visitó y aseguró que se ocuparía de esto. Le visitó después a usted y le convenció.

—Yo y "El Halcón" somos grandes amigos —dijo Rock Gambler, con su característica mueca burlona, en la que las cejas formaban un arco sardónico, qué convertía su rostro en la viva estampa de un hermoso Lucifer.

—Tan amigos como el sol y la luna, el día y la noche. Él es un caballero romántico, y usted es un simpático granuja práctico. Quizá por eso usted puede ser de gran utilidad para "El Halcón". Diez días hace qué por las noches se ha dedicado usted a manejar naipes, disparar puñetazos y puntapiés y repartir humo de pólvora. Ha logrado ya una fama de matón número uno. Si se lo propone, el hampa le nombrará Napoleón de los bajos fondos.

—Soy modesto, General. Si acaso, yo vendré a visitarle en la casa de orates, pero no compartiré su celda. Reconozco que ya soy conocido en Richmond, al menos en el Richmond nocturno; pero, ya que de esto hablamos, voy a darle una lección. Es un terreno que usted no conoce. "El

Halcón" y yo podremos ir eliminando elementos infiltrados, pero no lograremos aplastarlos del todo, porque están bien organizados. Tienen una dirección, y no son vulgares maleantes. Emplean mujeres atractivas e inteligentes, y pistoleros fríos y calculadores. Sólo hay un sistema. Un método sencillo, que puede sonar a inmoral a sus rígidos oídos, y que, sin embargo, es el que lo solucionará. Siete locales hay en Richmond a donde acuden los oficiales y soldados, los mineros y los caballeros. ¿Quién los regenta? Forasteros. Este es el error. Si fueran dirigidos por caballeros de Richmond, estarían en condiciones, de saber quiénes son sus empleados, y, por tanto, fiscalizarían cuanto allí ocurriera. ¿Uniformes grises? Bien; es un deber patriótico enfangarse en trincheras, pero considero tanto deber patriótico para esos imbéciles sudistas el enfangarse vistiendo uniforme de camareros y vigilar cuanto ocurre en los locales. Es sencillo; ¿se da cuenta? Reúna usted a las autoridades civiles y notables de la ciudad. Explíqueles que para cortar las cabezas de la hidra peligrosa que el Norte ha enviado a Richmond se impone el deber patriótico de que ellos adquieran la propiedad de estos lugares. ¿Cerrarlos? Imposible. El soldado, y el que no lo es, necesita gastar su dinero tontamente, dejándolo en manos de *tahures* y en bolsillos de taberneros y bailarinas. ¿Comprende la idea? Reúna a los notables y explíqueles esta lección. Si la explicara yo, me desnudarían, me pintarían de brea y me emplumarían. Usted se impondrá a ellos, hablándoles de que la patria exige a veces sacrificios extraños. Aduzca otra razón: que ofrezcan buenos precios. Es un negocio y a la vez es patriótico. Si algún dueño se resiste a vender, pese a las buenas ofertas, apúntenlo en la lista sospechosa. En fin, ya he explicado mi lección.

—La acepto, Gambler. Reuniré a los notables y les expondré esta magnífica estrategia. De todas formas...

—Si alguno se resiste, ya "El Halcón" o yo nos entenderemos particularmente con él. Y así lograrán que en Richmond los borrachos puedan beber tranquilamente sin que les sonsaquen.

Jason Blake señaló la mandíbula izquierda de Rock Gambler. Veíase en ella una mancha azulada.

—¿La medalla del combate del local de Olinda Tarnel?

—¿Está usted informado?

—Sí. Creo que las pasó usted algo apuradas.

—Me cazó por sorpresa. Era un piloto ingenuo, noblote y leal. Y el muy bandido me soltó un puntapié traidor. Pero tomé cumplida revancha.

—Oí decir que las cinco mesas de la sala quedaron en astillas, y los espectadores tuvieron que retirarse a otra sala.

—Stuart Ranger pelea magníficamente. Es un bruto con brazos de herrero y piernas de goma. Me resistió media hora... Guarda cama hace ya tres días. Le atiende amorosamente la propia Olinda Tarnel.

—Según parece, ella animaba al piloto. ¿No es eso humillante para usted, Gambler? ¿Usted, el irresistible varón ante quien todas suspiran?

—!Oh, nada de humillante! Es simplemente que me dejé querer por Olinda y el rencorcillo la animó a elegir al piloto como campeón. Por suerte, yo aprecio mucho al padre adoptivo del piloto, que es el Capitán Ridgeon, del "Bealby", y no hice más que procurar dejar un buen recuerdo en el piloto, sin estropearlo definitivamente. Le dibujé un mapa en el rostro, un croquis, en las costillas y un...

Repentinamente, una explosión lejana hizo retumbar el aula. Vibraron los cristales y Jason Blake entornó los párpados.

—Granada explosiva de mediana carga, a una distancia de media milla —comentó como si aclarase una interrogación.

—Otra que estalle más cerca, y me despido a la francesa, General. A lo mejor sus polluelos están haciendo ejercicios de práctica, y confunden el Norte con el Sur.

Poco después oyóse una algarabía de gritos, voces, denuestos, que iba acercándose al lugar donde se hallaban Blake y Rock Gambler.

Entraron desordenadamente varios cadetes conduciendo entre ellos a un individuo de tez cobriza y afilados rasgos de piel roja. Llegaba ensangrentado y destrozadas las ropas.

El cadete Lewis Melby, ayudante del General, arrastraba por el cuello de la chaqueta en jirones al desconocido. Varias voces excitadas empezaron a hablar:

—¡El miserable quiso...!

—¡...el arsenal!

—¡...junto al pabellón de las mujeres!

—¡...gracias a Melby, que...!

Alzó los dos brazos Jason Blake, e impuso silencio:

—Si las baterías disparan desordenadamente, el blanco nunca es hostigado más que en forma incompleta. Hable usted, cadete Burns.

—¡Mi General!... Este bandido fué sorprendido por el cadete Melby en el momento en que encendía la mecha de una potente granada que había colocado entre el arsenal y el pabellón. El cadete Melby cogió la bomba que iba a estallar, y, corriendo cuanto pudo para alejarse del arsenal, la arrojó muy lejos. Gracias a este heroísmo, no hay que lamentar la pérdida de las vidas de nuestras madres, esposas y de tantas otras criaturas inocentes.

El autor del frustrado atentado temblaba asustado, aunque su rostro conservaba la desdeñosa fiera de piel roja.

Jason Blake dijo secamente:

—Déjenle suelto, señores. ¿Quién te envió?

El interrogado escupió a los pies del General. El cadete Melby, indignado, le asestó un vigoroso bofetón que hizo tambalearse al prisionero.

—¡Cadete Melby!... No exagere el ejercicio. Somos muchos y él solo. Repito la pregunta: ¿quién te envió?

—Ni con torturas lo diré —gritó el interrogado.

—Esto... —y Rock Gambler miró al General Blake—. Permítame, mi

General. Creo que me debería dejar unos minutos a solas con este sujeto. A mí, seguramente me diría quién le envió.

—No. En la guerra todas las lides son buenas, menos las palizas frías y las torturas morales.

—¿Qué hacemos con este asesino, mi General? —clamó un oficial.

—Pueden llevárselo. Trátadle con cortesía hasta el último peldaño del patíbulo. Después, desde luego, que lo ahorquen.

Los cadetes lleváronse al sentenciado. Jason Blake llamó:

—Cadete Melby. Le felicito por sus progresos. La primera granada que usted arrojó asustado lejos de sí, estuvo en un tris de convertirnos en polvo a mí y varios cadetes. Celebro que la lección de entonces haya servido para dar hoy una última lección a ese "cobrizo".

A solas con Gambler, Jason Blake encogióse de hombros.

—¿Qué importaba saber quién le envió? Lo cierto es que fracasó. Y usted es un bárbaro que goza estropeando físicos y desencuadrando costillas. De todas formas, le agradezco su oferta gratuita de interrogar al prisionero. Convocaré a reunión a los notables. ¿En cuánto valora esta lección, Gambler?.

—No se la cobro. He aprendido algunas cosas esta mañana.

—¿Por ejemplo?

—Que tenemos un parecido. Usted ordenará matanzas sin rencor, y yo peleo también sin el menor rencor. Satisfacemos ambos una necesidad, tan natural como el comer y el dormir. Hasta pronto, mi General.

—Buen viaje, Gambler. Y, ¡caramba!, no me deje así. Suélteme una frasecita de las de sus alforjas.

—¿Sí? —y sonrió Gambler casi con afecto—. Cuídese, mi General. Ya a perder su cómoda soltería. Los hombres uniformados atraen mucho a las mujeres en tiempo de guerra.

—¿Por la prestancia marcial del uniforme?

—!Oh, no! Les atraen, por la secreta esperanza de enviudar prontamente.

Marchóse Rock Gambler, y Jason Blake gruñó entre dientes:

"Su cinismo es su coraza de solitario. ¡Lástima! Me hubiera gustado tenerlo de ayudante. Un pícaro sentimental ayuda mucho a ver claro a un obtuso optimista".

Cuando por la abierta ventana vió colgar el cuerpo embreado y emplumado del "cobrizo" colgando de la horca, Jason Blake, sin malsana ironía, sino con íntima convicción, murmuró, después de una plegaria:

—Una última lección que te servirá en definitivo escarmiento. Hay que cubrirse siempre la retirada. Máxima esencial para triunfar.

Al entrar el cadete Melby para anunciar solemnemente: "Justicia ha sido hecha, mi General..." Jason Blake le señaló la pizarra a sus espaldas:

—Borre el mapa, Melby. Y escriba con letra clara: "Hoy me siento muy contento de mí mismo. He salvado muchas vidas, pero como soy un buen chico, joven aun, corro el peligro de sentirme un héroe vanidoso. El buen

soldado es aquel al que no inspiran vanidad casuales valentías".

Dócilmente fué escribiendo el ayudante, y, cuando hubo terminado, aguardó. Jason Blake levantóse:

—Añada: "La última lección anotada en esta pizarra, antes de salir para el campo de batalla, la escribí yo, el Teniente Lewis Melby, mientras el General "Muro de Piedra", cuyo mote inventé yo, me miraba complacido, esperando el momento en que terminase de escribir para abrazarme"...

—¡Con usted, mi General, al infierno mismo iría yo! —tartajeó emocionado el oficial cuando se separó de su superior.

—Prefiero que me acompañe a comer, Melby. Y, por favor, no saque tanto el pecho. Tenemos escasez de guerreras.

CAPÍTULO II

CONCILIÁBULOS...

"Cargo" mixto con caldera de vapor y velas, el "Bealby" era uno de los barcos pertenecientes a la flotilla del rico armador *Lord Dembley*, uno de cuyos capitanes de confianza era *Walter Ridgeon*.

Este, flaco y parsimonioso, fumaba su corta pipa de brezo en el entrepuente, contemplando con principios de impaciencia el desolado paisaje desértico, en el que atendiendo a instrucciones de *Rock Gambler*, había anclado seis días antes.

Aguardaba ahora el regreso de *Stuart Ranger*, el primer piloto, su hijo adoptivo. Curiosa era la relación entre *Walter Ridgeon*, *Stuart Ranger* y *Rock Gambler*.

Entre el Capitán inglés y el piloto irlandés parecía existir un tácito acuerdo, por el cual ninguno de los dos manifestaba al otro todo el cariño que mutuamente sentían, y tratábanse ceremoniosamente de "usted", añadiendo el grado.

En cuanto a *Rock Gambler*, *Walter Ridgeon* lo admiraba secretamente, no sólo por la secreta misión que acaudillaba exponiendo constantemente su vida, sino porque, conocedor del pasado del aventurero, sentía simpatía por el hombre que, después de vivir una honda tragedia, había sabido sobreponerse, adoptando desde entonces aquel exterior de cínico fullero.

Jactábase *Walter Ridgeon* de que, por más esfuerzos que hiciera, *Rock Gambler* no lograba exasperarle, pero tenía que hacer él mismo grandes esfuerzos para conservar su tranquilidad, cuando, al tratar de asuntos ajenos al servicio de *Lord Dembley*, la peculiar ironía de *Gambler* se complacía en mortificar al Capitán del "Bealby".

Entre dientes, *Walter Ridgeon* dió una orden al cercano contraмаestre:

—Lancha para recoger a *Mr. Gambler*.

Mientras se alejaba el contraмаestre, *Ridgeon* apoyóse de codos en el pasamanos. Había identificado al primer vistazo la silueta que acababa de aparecer en la desierta cala.

El Jinete montado en potro negro descabalgaba para atar las riendas al poste del embarcadero, y uno de los marinos quedóse custodiando el lustroso y arrogante caballo.

Poco después, con su indolente paso elástico, acercábase *Rock Gambler*.

—Buenos días Capitán. Me complace verle. Sigue usted respirando con la reposada inhalación del varón justo, honrado y puritano.

—Buenos días, *Gambler*.

Aunque se sentía intrigado por la ausencia de *Stuart*, *Ridgeon* no quería mostrar su extrañeza. Precedió a *Gambler* andando hacía el camarote, cuya puerta cerró tras ambos, y, una vez sentados, colocó sobre la mesa, la lista del material que contenían las calas.

—No hubo dificultad alguna hasta ahora, Gambler. Le envié al piloto para que le dijese usted dónde debíamos descargar definitivamente.

—¿Sólo le envió para esto?

—¡Y para esto! —exclamó Ridgeon, señalando con la boquilla de su pipa la mandíbula azulada de Gambler—. Yo fui quien le recomendó procurara por todos los medios a su alcance borrarle del rostro esa maldita sonrisa. ¿Qué ha ocurrido? Cuente.

—Percibo en su voz una mojada ansiedad paternal. No se inquiete por su polluelo. Ya le dije una vez que ambos me parecen adorablemente ridículos. Usted, porque, recogiénolo de un hospicio, le quiere como a un hijo, y, sin embargo, aunque mentalmente siempre lo acuna en sus brazos, externamente la trata con tiesura, y él, porque, dejándose matar por usted si fuera preciso, le endilga "Capitán" por aquí y por allá. ¡Necios! Si son sentimentales, manifiéstelo, ¡caramba! Bastantes máscaras hay ya por el mundo, pero; pocos ejemplares he encontrado tan imbécilmente simpáticos como usted y su perrazo irlandés.

—No le pregunto sus particulares impresiones, Gambler. Pregunto que le ha sucedido al piloto Ranger. Él tenía que venir... y no usted.

—Como sé que le encanta mi compañía, vine yo. Le relataré brevemente lo sucedido. Estaba yo en medio de una partida de *poker*, cuando llegó bufando y tascando el freno su perrazo. Me anunció el objeto de su visita, y en seguida me hizo saber que iba a romperme la cara. ¡Horrible y vandálico propósito!... Estropear este físico tan seductor, sería considerado por la Historia como un crimen de lesa arte.

—No siento el menor deseo de sonreír, Gambler. Como siempre, su supuesto humorismo se estrella contra mi indiferente repulsa.

—Oigo desde aquí los latidos de su corazonazo, Capitán. Cada redoble me pregunta: "¿Qué hiciste, villano, con mi adorado niño?"

—Si tuviese veinte años menos y mucha más fuerza, los redobles que usted oiría serían los de mis puños contra su odiosa sonrisa.

—Usted me aprecia un rato, Capitán. Lo que pasa es que pretende vanamente disimularlo. Bueno, voy al caso. Yo creí que su piloto era un luchador leal.

—Yo fui quien le recomendé que, contra un tramposo como usted, empleara las tretas más desleales.

—Él, atendió el consejo. De buenas a primeras me largó un puntapié en una rodilla, que, cogiéndome desprevenido, hizo que le entregara mi mandíbula. Tuvo el honor de verme caer contrala pared... Observo que poco falta para aplaudir, Capitán. Lo que siguió duró media hora. Por una parte, estaba el ímpetu desbocado de su perro convertido en toro, por los dulces aullidos animadores de Olinda Tarnel, y por otra parte estaba mi deseo de no matar a su perrazo. ¿Quién lo haría compañía en la vejez, cuando usted, junto al fuego, se dedique...?

—¡Al grano, por mi cachimba! —casi rugió Walter Ridgeon.

—Fué un combate magnífico. Tuve que emplear un cincuenta por ciento de mi ciencia. Media hora después del puntapié desleal, Olinda Tarnel, ayudada por dos de sus camareros, recogió del suelo a Stuart Ranger. He venido en su lugar, tomándome esta molestia porque tengo el placer de comunicarle que el piloto está en cama, con paños calientes en el rostro, costillas y demás lugares de su anatomía tumefacta. A otro cualquiera le hubiese matado porque... me molestó mucho perder cien dolares que apostó Olinda Tarnel.

—¡Ejem! ¿Corre... corre Ranger algún peligro?

—Ya no. Seguramente cuando usted haya terminado la labor de descarga, su piloto estará en pie. Le felicito porque, según dicen en Richmond, hace tiempo no habían visto un luchador tan magnífico como el piloto. Pero si analizamos el motivo de la pelea, ¿cuál fué?

—Stuart es un muchacho decente y siente repulsión por su modo privado de vivir, Gambler. Si le encanta escandalizar a los sensatos, tiene que encantarle también que ellos le desprecien.

—Yo creo que es envidia. Sí, hombre. Envidia. Su piloto, en vez de besar mis manos agradecido, porque le salvé de enamorarse de Sally, la tabernera de Savanah, vuelve de nuevo a meterse en otro peligro semejante. La culpa la tiene usted.

—¿Yo? —gruñó, sinceramente escandalizado, Ridgeon, que ahora estaba ya tranquilizado, porque por un instante había temido lo peor.

—Usted ha educado a Ranger al estilo. británico, haciendo de él un muchacho asombrosamente ignorante de las verdades del este bajo mundo, asombrosamente desorientado, convirtiéndolo en un sujeto decente.

—Lamento que no se educara usted en Inglaterra.

—Esta ha sido mi suerte, Capitán. Poseo un cutis duro, pero no la epidermis de rinoceronte de los ingleses, que sólo admiten que sea los ingleses los únicos que piensan bien, y obran bien, y todos los demás son malvados fenómenos. Y Stuart Ranger posee esa epidermis formada de ignorancia, seguridad de sí mismo y satisfacción de ser inglés, que es una triple coraza que la inteligencia no puede atravesar. No puedo remediar que, a pesar de todo, él y usted me sean simpáticos, porque, si un pato estúpido se cree cisne bueno, todo le está perdonado. Es honrado, consciente y bondadoso, pero le ha inculcado usted otro de los prejuicios ingleses. Le ha enseñado que debe tratar a la mujer con todo respeto... ¡y así le lucirá! Va ser una presa fácil para cualquier mujer experta.

—¿Olinda Tarnel, por casualidad?

—Sí. No se sienta irónico, Capitán. Si el primer roce que tuvimos su piloto y yo fué por Sally, el segundo no sería por Olinda.

—Esta vez ha ganado el piloto... —dijo, complacido, Ridgeon—. Y si no he oído mal, Olinda animaba a mi muchacho..., bueno, al piloto.

—Olinda goza añadiendo víctimas a su larga lista de enamorados. Al no prestarme yo a ser uno más, me guarda rencor. Eso es todo.

—Bien, ¿y qué peligro corre Ranger?

—No quiero ofenderle, Capitán, pero su inflamable irlandés es un peligro para la carga que llevamos. Él, engatusado por la inteligente Olinda, podría revelar cuál es el material que pensamos vender a los sudistas, y poner en un brete mi labor.

—Eso es ignominioso, Gambler —se acaloró Ridgeon—. Stuart sabe muy bien que debe conservar el secreto. Es un peligro que no se presentará. Oiga, Gambler: no negaré que quiero mucho a Stuart, casi como a un hijo. Pero si el muchacho revelase nuestro asunto, le juro... le juro que yo mismo le daría mi pistola, para que se hiciera saltar los sesos, como al soldado que traiciona a su jefe.

—Bueno, bueno... No se congestione, viejo. No creo que la sangre llegue al río. Ahora, atienda al trabajo. Remontará el litoral hasta la bahía de Crumdsdale. Allí, en la primera noche sin luna, favorable para la descarga, tendré ya preparadas las barcasas para el transporte a tierra.

Cuando Rock Gambler galopaba ya hacia el Norte, el "Bealby" se puso en movimiento. Y un pequeño velero fué siguiendo la estela del "Bealby"...

Olinda Tarnel, sentada junto al catre donde dormitaba Stuart Ranger fué cambiando los húmedos apósitos que cubrían las magulladuras que los puños de Gambler habían causado en el rostro y cuerpo del piloto.

Al terminar ella su labor de improvisada enfermera, experta en estas lides, Stuart Ranger besó la mano femenina.

—Eres buena y caritativa, Olinda —musitó, embelesado...

—No tiene mérito el serlo... porque te quiero, Stuart... —y levantóse ella, tras besar la frente del tundido irlandés.

La inteligente aventurera de ojos lánguidos y boca sensual poseía la exótica belleza meridional apta para entusiasmar al marino.

Y había sabido hasta entonces comportarse como una bondadosa muchacha forzada por las circunstancias a regentar una sala de juego y baile.

Cuando ella salió, Stuart Ranger trató de incorporarse, pero no lo logró, porque las costillas le dolían considerablemente.

Pensaba que si bien había perdido el combate con los puños, lo había ganado con la conquista de Olinda Tarnel.

Pero mucho más que la contusión de las costillas le habría dolido modalmente si hubiese podido oír el conciliábulo que en otra sala sostenía Olinda Tarnel con otros tres sujetos.

Estaba ella sentada, barajando maquinalmente dos mazos de naipes. Hasta entonces no había pronunciado una sola palabra, limitándose a escuchar a uno de los tres qué hablaba:

—Tal como dijiste, uno de nosotros siguió a Gambler. Yo y Ned, un poco más alejados, le vimos entrar en una lancha. Entonces fuimos a requerir

su servicio de un velero rápido. Y cuando el "Bealby" se puso en movimiento te dimos escolta. Ha andado en la bahía de Crumsdale.

—Bien —dijo ella, meditativa—. Este imbécil de piloto sigue creyéndome una buena muchacha sudista. No tiene inconveniente en alardear de que puede hacer que me sienta contenta, porque es el piloto del barco que nos trae armas. ¿Os dais cuenta?

Rieron los otros tres como si acabaran de oír un chiste gracioso.

—Unos besos, y obtuve fácilmente el informe. Me hizo jurar que no lo repetiría a nadie, y que si me lo contaba era porque yo parecía tan ansiosa por el triunfo del Sur. El truco que me proporciona éxitos seguros.

—Por un beso tuyo, sería yo capaz decir que formamos parte de la cuadrilla enviada por Washington para engañar a esos torpes de Richmond.

—No me refería a mis besos, aunque tengan parte en el éxito, sino a mi actitud de mocita del Sur. Negros son mis cabellos como ala de cuervo, dice el piloto, y en mis ojos hay abismos de tristeza bondadosa. Eso también lo dice él. Con estos triunfos, he representado excelentemente mi papel de sudista fanática.

—No olvidéis que Rock Gambler vendrá hacia acá... —dijo uno de los tres, algo nerviosamente—. Prometió venir a enterarse del estado del piloto.

—Recordad lo dicho —dijo ella—. Yo hablaré con él con toda naturalidad, y no debéis intervenir a menos que él os provoque a pelear, no con palabras, sino con hechos. Necesitamos que siga en pie, para que él mismo nos traiga a tierra el material por cuya captura nos darán en Washington una buena recompensa.

Eran las cuatro de la tarde, y a aquella hora aun no fluía el público al salón. Los tres sentáronse alrededor de la mesa, para "ejercitar" los dedos. Profesionalmente eran *tahures*, pero habían acudido a Richmond para desarrollar la "guerra secreta" de informes.

No reconocían más jefatura que la de Olinda Tarnel, a la cual temían.

Un camarero acudió presuroso, portando una bandeja con un frasco de licor.

—Gambler... —anunció en voz baja, inclinándose cerca de Olinda.

Los tres hombres pusiéronse en pie, y, afectando negligentes posturas, se adosaron a la pared del fondo. Olinda Tarnel siguió sentada.

En la pequeña sala, particular entró Rock Gambler. Había substituido su atuendo de "viaje" por una chaqueta gris, pantalón de trabilla del mismo color, chalina negra y ancho sombrero.

Llevaba un cinto-cartuchera con dos pistolas "Webley" de siete balas.

—¿El heraldo? —inquirió, señalando con el pulgar al camarero, que desapareció prestamente.

—Hola —dijo secamente Olinda Tarnel—. ¿Qué mal viento te trae?

Sentóse Gambler ladeado en la mesa. Observaba a los tres silenciosos sujetos, mientras en su diestra saltaba un dolar de oro.

—Quiero noticias del piloto. ¿Sigue amorosamente atendido por tus

blancas manos de hermanita de la caridad?

—Sigue bien y no desea verte —dijo hoscamente Olinda.

—Tampoco yo desearía ver a nadie, si gozara del privilegio de verte a diario. Deberías avergonzarte, Olinda.

—¿De qué?

—Demuestras demasiado claramente que te molesta el que no me haya dejado dominar por tus faros de luz negra.

—He conocido ya a demasiados *tahures* presuntuosos, Rock. Puedes ya irte. En la otra sala grande encontrarás a quien desplumar.

—Si le hablas tan vulgarmente al piloto, no lo enamorarás. Esas tres estatuas vigilantes, ¿son adorno de la gala? ¿O son tus *guardias de corps*?

Introdujo Gambler la moneda en su muñequera, y bebió un sorbo en la misma botella. Después, su mano señaló las piernas de uno de los tres pistoleros.

Él señalado miróse el lugar que le indicaba el índice de Gambler. Lo que siguió tuvo la velocidad de un relámpago.

Él que se miraba las piernas intrigado emitió un gruñido de sorprendido dolor al recibir un brutal puntapié en el estómago...

Inclinóse hacia delante, y el puño derecho de Gambler, descargado sobre la nuca, le apuntilló, haciéndole besar el suelo estruendosamente. El otro pistolero recibió a la vez en sus ojos el chorro de *coñac* que le lanzó Gambler, proyectando certeramente sobre el rostro el licor retenido en la boca.

Y cuando el tercero llevaba sus dos manos a las fundas, la mesa de la que se había separado Gambler, a la vez que Olinda, chocó contra él, impidiéndole todo movimiento.

En la zurda de Gambler apareció la pistola.

—Primer tiempo del *vals* —dijo, brillantes los ojos—. El del suelo es inteligente, porque no se mueve. Tú, sigue limpiándote los ojos. ¿Escuece el *coñac*? Por eso soy abstemio. Debisteis desconfiar cuando bebí. Sabéis que no pruebo el alcohol. Levanta, bien las manos, Larry, o te hago un ojal en el cuello. Bien, Olinda; ahora que ya reina la concordia entre todos, puede seguir el conciliábulo.

Olinda Tarnel, brazos cruzados y de pie junto a la pared, observó cómo Rock Gambler, desde que había empezado a hablar, después de actuar tan rápidamente inutilizando a los tres pistoleros, apoyaba las espaldas junto al marco de la puerta, manteniendo la pistola ladeada.

—Nadie te provocó a pelear, Rock. Esos tres amigos no te hicieron nada.

—Ha sido un aviso, simplemente, un cariñoso anticipo. Este que picó como un colegial mirándose las rodilleras, me siguió en el viaje. ¿Por qué? Estos dos venían algo más lejos. ¿Por qué? Hice ver que no me daba cuenta, porque la verdad es que tan sólo me di cuenta cuando ya desmontaba en la playa donde anclaba el barco. Nunca he pegado a una mujer, Olinda, porque detesto aplastar insectos. Pero quizá si eres tan poco original, que me dices que no sabes nada de nada, tendré que quebrantar mi decidida protección a los

insectos.

—Yo los envié a seguirte. Quería cerciorarme de si te ibas o no.

—¿Y por eso esos dos se metieron en un velero siguiendo al "Bealby"? No es mal enemigo quien avisa, dice un compañero mío. Yo creo que quien avisa es tonto de remate, pero os quiero advertir a los cuatro. A ése que está en el suelo se lo diréis luego. Si os pesco por los alrededores del barco, os dejaré el cuerpo como una criba. Y si alguno de vosotros ronda por donde voy, ídem de ídem. En cuanto a tu local, Olinda, ya no gozará de mi continua presencia. Vendré esta noche para ver debutar a la nueva atracción. Soy un tipo muy curiosón. Quedas advertida, Olinda. Me huelo que vienes de Washington... ¡Caramba! ¿Por qué diste este respingo, Larry? Dije Washington como pude haber citado San Francisco. Tengo varios amigos advertidos, por si acaso me pasara algo estando en tu local, Olinda. Por cada gota de mi preciosa sangre, verteríais los cuatro, chorros.

—Tú... tú puedes recibir algún balazo que otro —masculló Larry—. Siempre andas peleando.

—Reza para que eso no ocurra, porque tú lo pagarías. Aconséjales bien, Olinda, porque sería lamentable que en Washington..., o en otro sitio cualquiera, tuvieran que poner una cruz y las tres letras R. I. P. al lado de tu nombre y el de esos buenos cretinos. Saluda en mi nombre a tu enamorado, Olinda. Y... quizá me arrepienta e intente hacerte el amor. Al fin y al cabo debes estar bonita mintiendo amores.

Rock Gambler salió de un modo original. Saltó de costado, y cerró la puerta de un puntapié desde fuera.

Y a la vez, su brazo enlazó por al cuello a un asustado camarero:

—Hola, orejetas. No escuches nunca conversaciones ajenas. Es de mala educación. Ahora te intrigará saber que es eso de Washington.

—¿Son ellos espías del Norte, señor? —preguntó el camarero temblando.

—Pregúntaselo a ellos mismos. Esta noche resérvame el palco junto al escenario. Quiero ver quién es el truquista ese que se anuncia Profesor Magnus. Esos "curalotodo" y "sabelotodo" suelen ser graciosos.

Pero el camarero no pudo conducir al palco por la noche a Rock Gambler, porque cuando entró a recoger el servicio y reparar el desorden ocasionado por la rápida visita de Gambler, su huidiza mirada no pudo disimular su desasosiego, cuando Larry Gains le preguntó:

—¿Qué le decías acerca del Norte al forastero? Te oí a través de la puerta.

Y para desfogarse de su reciente cólera, Larry Gains aplicó un culatazo en la frente del aturdido camarero. Apenas doblaba las rodillas el golpeado, cuando ya Larry Gains, aplicando la boca de la pistola en su estómago, disparó por dos veces.

El estruendo de los disparos retumbó en la sala...

—Que cargue Gambler con el muerto —dijo a guisa de oración fúnebre

el pistolero—. ¿Qué hacemos con Gambler, Olinda?

—Ahora más que nunca dejémosle seguir galleando. Necesitamos apoderarnos de su cargamento. Son muchos miles de dolares, Larry. Después... yo misma me entenderé con él. El piloto me servirá. Hasta después.

—Dijo que esta noche vendría a ver al Profesor Magnus.



...disparó dos veces.

—Que venga, Es un local de libre entrada. Y debe salir ileso.

Stuart Ranger había oído las detonaciones. Al entrar Olinda, preguntó:

—¿Algún borracho?

—Tu amigo, Stuart.

—¿Quién?

—Rock Gambler. Vino a insultarme. Disparó a un camarero. Hombres como él son los que me hacen odiar la vida, Stuart.

—No todos son como él, por suerte. Cuando me reponga, ya le pediré cuentas pistola en mano, disparando antes de hablar, como dice él. No estoy dispuesto a consentir que te ofenda.

—No debes, Stuart. Tú trabajas a sus órdenes.

—Pero cuando hayamos descargado, habré cumplido ya. Y entonces le enseñaré yo a respetarte.

—Gracias, Stuart. Si no fuera porque hay hombres buenos como tú, ¿qué haríamos las muchachas como yo?

Walter Ridgeon quitóse la pipa de la boca al acercarse al mostrador.

—¿*Miss* Olinda Tarnel? —pregunto al camarero.

—Es aquélla —dijo el preguntado, señalando con un vaso.

Acercóse Ridgeon a la mesa donde Olinda, sentada sobre la pierna Se un minero, le "ayudaba" a jugar.

—Perdón, *Miss* Tarnel —saludó Ridgeon tocándose el borde de la visera —. Desearía ver a mi piloto.

—¿Stuart?... ¡Ah!, usted es el Capitán Ridgeon, ¿no? Ya me ha hablado él de usted. Le quiere mucho, Capitán. Perdona, precioso —le dijo al minero, abandonándole—. Acompáñeme, Capitán. Stuart está descansando. Le alojé en mi casa; en el piso superior.

La repetición del nombre del piloto en los labios pintados irritó íntimamente a Ridgeon, pero no lo hizo ostensible.

Examinó a la escultural tanguista y admitió que era una peligrosa sirena contra la cual el más avezado marino podía encallar.

—Un gran muchacho el piloto, Capitán.

—Lo es, en efecto, *Miss* Tarnel.

—¡Aquí está el Capitán Ridgeon! —exclamó ella abriendo la puerta. Entrando, hizo una caricia en el rostro magullado de Ranger—. Os dejo solos, cariño. Hasta luego.

Stuart Ranger, al cerrarse la puerta, musitó cohibido:

—Buenos días, Capitán.

—Buenas noches, piloto. Son ya las once, ¿Puedo sentarme?

—Perdóneme, Capitán. Estoy algo contuso.

—Tiene usted una buena enfermera, piloto.

—Es maravillosa. Es un ángel. Es digna de que la saquen de esa vida malsana. Sí ella lo quiere, yo me... me casaría con ella.

Walter Ridgeon encendió con lentitud su pipa.

—¿Me admite un consejo, piloto?

—Lo que usted me diga, Capitán, es para mí el evangelio.

—Desconfíe de *Miss* Tarnel. He hablado con *Mr.* Gambler y he sacado la conclusión de que debería usted reponerse a bordo.

—Siempre le dije, Capitán, que me extrañaba la simpatía que usted le profesa a ese... ese cínico fullero sinvergüenza. No haga caso de sus calumnias. Usted es un hombre de experiencia, Capitán. Ha navegado por muchos mares y puertos.

—Sí. Y en cada puerto he hallado una desilusión. *Miss Tarnel* merece todo nuestro agradecimiento por haberte atendido..., pero usted no debe enamorarse de ella. Hay... muchas buenas chicas que... En fin, pilotó: por una vez, reconozcamos que la experiencia de *Mister Gambler* en mujeres es muy superior a la mía y a la de usted.

—Lo siento, Capitán. Perdóneme. De todo corazón me duele contradecirle, pero *Olinda* es digna de todos mis respetos. Estoy... enamorado de ella, y me corresponde.

Una sonrisa amarga apareció por unos instantes en los delgados labios de *Ridgeon*, pero sobreponiéndose, tendió la mano y dijo:

—Bien, piloto. Si usted cree que en ella hallará su felicidad, acepte mi enhorabuena. Volveré a visitarle todos los días.

—Gracias, Capitán —dijo emocionado *Ranger*, estrechando la diestra del viejo marino—. Y... perdóneme... Pero, ¡la quiero!

—Se es joven tan sólo una vez, piloto. Hasta mañana.

Mientras descendía, las escaleras, *Walter Ridgeon* maldecía de la belleza de *Olinda Tarnel*. Iba a salir, cuando se detuvo, al oír una voz sobradamente conocida:

—¿Se va ya, viejo lobo salado? Hágame compañía. Tengo un palco junto al escenario y esta noche debuta un tipo original llamado *Profesor Magnus*. Uno de esos que adivinan el porvenir, hacen juegos de manos y demás tonterías,

Walter Ridgeon se encogió de hombros, con un gesto que quería significar que en el estado de ánimo en que se hallaba, tanto le daba envenenarse como bailar.

Rock Gambler notó su semblante entristecido, pero no dijo nada. Le cogió del brazo, acompañándole en medio de la ruidosa concurrencia hacia el palco de proscenio.

Iban ya a entrar en él, cuando *Olinda Tarnel* saludó al Capitán:

—Habrá visto qué ya está mejor el piloto..., pese a que su actual, compañero hizo todo lo posible por estropearlo.

—Gracias, *Miss Tarnel*.

Rock Gambler sonrió, mirando a la bella morena.

—Hola, *Olinda*. En confianza te diré que no sé quién estropeará más al piloto. Yo ya terminé con él, pero tú estás empezando o has empezado ya a envenenarlo.

—Hasta la vista, Capitán —despidióse ella.

En el palco sentóse *Ridgeon*, sin mirar al escenario, donde dos gruesas matronas, vestidas con mallas blancas, hacían visajes supuestamente infantiles, alzando de vez en cuando las piernas y pretendiendo cantar al compás de un piano.

—Esto no es un entierro, Capitán —comentó *Gambler*—. Aquí la gente viene a divertirse, que su buen dinero les cuesta.

—Oiga, *Gambler* —dijo *Ridgeon* con desesperado ademán—. El

mozo... bueno, el piloto, se quiere casar con *Miss Tarnel*.

—Yo le aseguro que no le golpeé en el cerebro y, por lo tanto, me lavo las manos.

—No bromeo, Gambler. Yo no me he opuesto. Podía haber hecho valer mi autoridad. Sé que Stuart me Habría obedecido si le hubiera amenazado con no verle más, pero... no lo he hecho.

—Y ha hecho bien. Los padres que se oponen a los amores de sus cándidos jovenzuelos, no hacen más que atizar la llama. Déjelo libre. Ya le dije que usted tenía la culpa. Ha educado al perro de forma que ya no sabe distinguir cuál es la perra de raza y la perra callejera.

—Yo creo... que si Stuart se casa con *Miss Tarnel*, será desgraciado, ¿no lo cree usted así?

—Me importa muy poco eso. Indudablemente, si su piloto se casa con Olinda, perderá la brújula, porque para hacer entrar en vereda a la que usted llama *Miss Tarnel*, hace falta otro hombre muy distinto a Stuart. Vea qué linda está la señora esa que agita la pierna... Parece un globo enharinado.

—¡Me importan un comino esas señoras! —gritó Ridgeon.

—Eso es falta de galantería. Le han oído y le están mirando poco amablemente. Las ha ofendido al llamarlas señoras.

—No estoy para bromas, Gambler. Usted... usted sabe lo que me ocurre. ¿Me obligará a pedirle que me ayude?

—Yo sé que usted daría un brazo para evitar que su buen perrazo sucumba irremediamente a los innegables encantos de la pérfida sirena. Escuche, Ridgeon, voy a intentar una trampa...

—¡Eso es, hombre, eso es! —aprobó calurosamente Ridgeon—. Eso es lo que yo trataba de insinuar.

—No sé cómo, pero veré la forma de que Stuart, sin sufrir demasiado, aborrezca a Olinda. Pero lo haré sólo a cambio de una promesa que usted va a hacerme.

—Usted sabe muy bien que Olinda no le conviene a Stuart.

—Yo no pienso en él, sino en usted. Un día me dijo que pensaba ya retirarse. Tiene sus buenos ahorrillos. No se retire del todo. Compre o acepte el mando de un barco de cabotaje en Inglaterra. Y no vuelva más por aquí, porque con usted vendría su irlandés del diablo. Y pronto estos mares se pondrán intransitables. Bloquearán el litoral, y necesitaré capitanes jóvenes y con mucho de piratas, no viejos lobos de mar, ingenuos y honrados. No discuta, Capitán Ridgeon. Yo prometo devolverle al pimiento libre de Olinda y feliz, pero usted ha de prometerme que éste es el último viaje de ambos a Norteamérica.

—Gracias, Gambler. Usted engañará a los demás, pero a mí no. En su ofrecimiento hay un fondo de generosidad. Usted sabe que hay muchos peligros para el "Bealby", y para mí y para Stuart. Y por eso...

—¿Quiere meterse la pipa en la boca y callarse ya? Quiero oír a esa jirafa que nos está cantando las delicias de viajar en un bote de remos, si el

que rema es fuerte y ha nacido en Richmond.

Guardó silencio Ridgeon, pero torpemente su mano palmoteó en un hombro a Gambler.

Y poco después murmuró:

—Ya me contará la trampa, "Dandy Pólvora".

—Usted no la podrá realizar, porque para eso es necesario...

—...ser Rock Gambler. Bueno, de acuerdo. Y ahora cállese —sonrió contento—, porque quiero oír a esa linda cabra que canta la alegría de vivir en una casita junto al río, si en ella hay un buen fuego de amor.

—Va usted progresando, viejo lobo.

—De regreso a Londres, le recordaré mucho... Una vez, cuando era pequeño, arañé delicadamente una roca y debajo de la dura superficie había un hermoso color azul de mar, limpio, honesto, sentimental. Pero para todos los demás, aquella roca era dura, hiriente y desagradable.

—Sin embargo, aun a regañadientes, la roca servía para que en ella se sentaran viejos lobos de mar y parejas de enamorados. De un tiempo para acá, Ridgeon, me he convertido en agente casamentero y agente disolvente de parejas mal avenidas. Es un trabajo "extra", muy distinto del que me proponía. Casi, casi digno de "Él Halcón".

—He oído decir que ronda por ciudad. Vigile, Gambler... En fin, no se deje cazar.

—Vigilaré... ¡Ah, ah! Ya redobla un tambor... ¡Diantres! Esa niña sí que es preciosa... Mire al escenario, viejo. Me refiero a la que redobla el tambor. Es como una perla en el fango. ¿Se habrá extraviado? Yo tengo pupila, y esta niña rezuma sencillez y naturalidad. No es una cándida "atrapabobos".

La muchacha que redoblaba el tambor delante del telón, anunció con voz clara y juvenil:

—¡El Profesor Magnus!

CAPÍTULO III

EL PROFESOR MAGNUS

Dos días antes, después de recorrer los distintos locales de diversión de Richmond, Magnus Cork y su hija Mary aceptaron las condiciones ofrecidas por Olinda Tarnel para efectuar siete representaciones.

Fué tan sólo Magnus Cork el que llevó la voz cantante, ya que su hija, sentada aparte y como ausente, no tomó parte en la conversación.

Magnus Cork, con gestos ampulosos y declamatorios, expuso todas las habilidades de que era capaz. Prestidigitador, rapsoda, curandero y lanzador de cuchillos, iba recorriendo, según explicó a Olinda Tarnel, las distintas ciudades donde la "élite" pudiera apreciar sus dones.

Aceptó la condición de alojarse en el mismo local y percibir la paga, en siete plazos, al final de cada representación. Olinda Tarnel, por experiencia, conocía a muchos semejantes Magnus Cork, excéntricos, disolutos y embusteros, que muchas veces desaparecían inesperadamente, si, como era usual, la acogida que les tributaba el público distaba de ser cordial y aprobatoria.

Además, la majestuosa nariz de Magnus Cork ostentaba un color violáceo, que delataba su afición por los espirituosos.

Mary Cork contaba apenas unos veinte años. Era alta, espigada, de piel satinada con pálidos reflejos dorados. Sus cabellos castaños, sus dulces ojos y su sonrisa leal y candorosa, no eran artificios. Era una muchacha, sencilla, dotada de una gran naturalidad.

La tarde en que por la noche debían efectuar su primera salida en el tablado, Mary Cork, casualmente, desde una habitación vecina, asistió al rápido combate que Rock Gambler sostuvo, más bien impuso tramposamente, a los tres pistoleros de Olinda Tarnel.

Estaba ella cosiendo prendas del ajado vestuario de Magnus, cuando sintióse excitada por la curiosidad al oír una voz profunda, burlona, que en la sala vecina mantenía un diálogo con Olinda Tarnel.

Aproximóse, y por una rendija de la puerta de comunicación, presenció lo que allí ocurrió.

Después..., por camareros y bailarinas. supo quién era Rock Gambler. "Un hombre malo", un aventurero, un perverso.

Pero ella sólo recordaba la belleza salvaje, el empuje y el vigor con los que el atlético y elegante *tahur* pendenciero había dominado, en un abrir y cerrar de ojos, una situación que al parecer le era desfavorable.

Cuando, inquieta en el fondo porque la expresión de los claros ojos del Profesor Magnus demostraba que había bebido más de lo que solía antes de representar, salió ella por la noche a anunciar con su tambor la aparición del histrión, vió en el palco más cercano al tablado a Rock Gambler, sentado en compañía de un Capitán mercante.

Pensó que debía decirle que Larry Gains, que la importunaba, era el que había disparado contra el camarero, matándolo...

Fué ejecutando su cometido, con la maquinaal precisión de la costumbre.

Ella misma acompañó con sus manos, colgante el tambor del cuello, la apertura del telón.

En el escenario había una mesa larga, que se utilizaba para los juegos de manos del Profesor Magnus, y a la derecha, una tabla vertical que servía para que la muchacha, adosada y en pfe, fuera siluetada por los cuchillos que contra la madera lanzaba Magnus Cork.

La salida de Magnus Cork fué como siempre un compendio de exagerada teatralidad. Apareció pisando majestuosamente, envuelto en una larga capa, ladeado el sombrero de copa, de piel de castor, y haciendo girar entre sus dedos un bastón de negro ébano, con puño de marfil.

Desembotóse con marcialidad, entregando la capa y el sombrero a su hija.

Vestía una holgada chaqueta de recio paño verde, un pantalón ceñido bajo los zapatos, por trabillas, y una camisa de encajes, donde se extendía la amplia chalina negra.

Un prolongado "¡huu, huu!" de burla le acogió. Magnus Cork, alto y de buen porte, avanzó sonriente.

Debió haber sido un elegante y guapo varón. Ahora, a la luz de las candilejas y aventajado en sus cuarenta, y cinco años, mostraba un rostro abotargado, de amplia frente, rizados cabellos castaños, donde las mandíbulas ofrecían una línea vacilante, grasienta.

Pero sabía aún engallar con empaque y arrogancia la cabeza, adoptando posturas de tribuno romano, dispuesto a arengar a rebeldes.

—Gracias, gracias, por la cordial acogida que da calor a mi corazón necesitado de amistades —empezó a recitar.

Pero en sus ojos había vacuidad, indiferencia, casi desprecio... Tras él, Mary Cork, presentando la bandeja que contenía los cuchillos que poco después había de lanzar él contra la madera para siluetarla, se había olvidado de sonreír.

Mostraba cierta inquietud. Recordaba la vez que en un villorrio del Sur, su padre, menos embriagado que lo estaba ahora, había empezado a apostrofar al público, tildándolo de "bestia, cruel y sin entrañas", y a no ser por la intervención apaciguadora de los rurales, ambos habrían sido linchados.

Rock Gambler recibió un aviso de su instinto. Le parecía que bajo el aspecto teatral del Profesor Magnus se encubría un drama secreto. La apariencia sencilla y poco llamativa de Mary Cork, le atrajo íntimamente, pero no dejó de comentar en tono burlón y en voz baja, aunque no lo suficientemente baja, dirigiéndose a Ridgeon:

—El clásico ejemplar del que hace andar a los ciegos y ver a los cojos. Y ella parece una oveja que bala mudamente, lejos de su redil.

Magnus Cork deslizó una mirada clara, desprovista de significado, hacia

el que, haciendo su comentario, habíale llamado la atención.

Continuó hablando, sin diapasón en la voz:

—Dentro de unos instantes maravillaré a mi distinguido y selecto auditorio con inigualables experimentos. De Norte a Sur y de Este a Oeste, el globo terráqueo pronuncia con admiración el nombre del Profesor Magnus, científico filántropo, que, por amor a la humanidad, condesciende en viajar incansablemente para...

Veíase que cuanto decía era una lección siempre recitada con idénticas palabras. En la sala abundaban los uniformes grises. Un soldado se puso en pie, gritando:

—¡Menos palabreo, profesor! Dicen los anuncios que todo lo curas y todo lo adivinas, porque conoces el alma humana. ¿Cuál será la primera batalla, dónde y en cuántos días aplastaremos a los malditos yanquis?

Magnus Cork extendió los dos brazos. En una mano llevaba el bastón.

—Te complaceré, joven héroe futuro.

De improviso rió, con una carcajada extraña, doliente, honda. Sacudió hacia atrás los largos cabellos, que en melena rizada rozaban sus hombros, y su voz, a medida que hablaba, iba adquiriendo tonantes modulaciones:

—Guerra, joven héroe, guerra. Tú plasmas la figura del inconsciente joven que siente ansias de lucha, sin saber claramente por qué. Tú no llorarás tu propia muerte. Dejarás atrás unos padres destrozados, un hogar vacío... ¡Imperio de la cruel juventud! ¿Quieres saber quién ganará esta guerra? La Muerte, joven héroe. Ella segará con su guadaña, a diestro y siniestro. Pero no mata al soldado, porque éste, en un último estertor, entra en el país del eterno sueño. ¡Mata a vuestros padres! No os acaloréis, jóvenes héroes. Yo sé que son absurdas mis palabras. De nada han de servir. Dejad, pues, que recite la inmortal poesía, que muy pocos comprenderéis, porque es sensible y habla un hombre envejecido...

Era tal la arrogancia con que hablaba, y fue tan imperioso el gesto con que apartó a su hija, que dulcemente pretendía abrazarle, para susurrar a su oído recomendaciones de prudencia, que la masa de espectadores calló, interrumpiendo las protestas que iniciaba.

Magnus Cork avanzó hasta el borde mismo del tablado, y ahora, en sus ojos, había expresión, cuando empezó a recitar con voz engolada:

"Años después de haber caído Troya
los viejos, que ya algunos teníamos cuarenta.
charlábamos, reunidos al sol en la terraza,
con nuestros vasos llenos de rojo vino, mientras
los lagartos corrían y chirriaban los grillos
sobre la mustia hierba polvorienta.
Algunos enseñaban sus heridas;
otros hablaban con garganta seca
del horror de la sed y de qué modo

su corazón latía en la pelea;
otros fueron hablando de inicuos sufrimientos
con la mirada que brillaba apenas
y los cabellos ya bastante grises.
Y yo, sentado lejos de su vera,
de su charla sin fin y sus recuerdos,
oí como un muchacho dijo con insolencia
a una muchacha qué agarró del brazo:
"Marchémonos de aquí: ¿por qué te quedas
escuchando con la boca abierta
la charla de estos viejos?
¿Por qué siempre molestan
tratando de unos hombres que murieron
y que no conocimos, de una querella vieja
y de obscuras batallas olvidadas?
Juntos se fueron, mas volviendo ella
los ojos a mirarnos, se reía
porque las burlas de él más desdeñosas eran,
ya qué a nuestros oídos no llegaban.
Pensé en las turabas con crueldad abiertas
junto a la infausta y desolada Troya,
en tanto cuerpo de juvenil virilidad
que está ya ahora convertido en polvo,
en su lenta agonía y en lo inútil que fuera.
En torno mío prosiguió la charla
cual un ruido de aceros que se encuentran
y aquellos dos se iban alejando,
estrechamente unidos, y él la besó con fuerza;
y en la distancia se perdió su risa.
Yo contemplé las grises, fatigadas cabezas
y los ojos sin brillo
de los viejos, algunos de cuarenta;
y me marché también, pero sintiendo
un gran dolor y una piedad inmensa."

Reinó un silencio al terminar aquella poesía cuyo oculto significado escapaba a la mayor parte de los oyentes.

En los ojos de Magnus Cork había lágrimas. Sacudió de nuevo la cabera y rió con su extraña carcajada doliente.

—¡Insensatos todos los que me escucháis! Sólo los logreros harán festín de vuestros huesos sin carne. ¡Insensatos uniformes grises que...!

Una algarabía imponente cortó la palabra al que declamaba. Una silla salió disparada contra el escenario. Fué la señal para que se desencadenase una tempestad de gritos e imprecaciones, y algunos vasos volaron por el

aire...

—¡Brea y pluma para los dos!

—¡Látigo!

—¡Que los arrastren los caballos!

—¡Son enviados del Norte para aguarlos la alegría!

No supo explicarse el por qué, pero de pronto hallóse Rock Gambler en el escenario. Había saltado del palco, y gritó:

—¡Atrás, rebaño! ¿No veis que está borracho y no sabe lo que se dice? ¡Atrás!

Fué sin duda la figura temblorosa de desesperada angustia de Mary Cork la que le indujo a intervenir.

Magnus Cork, súbitamente avejentado, sufría la reacción del alcohol, que le dejaba aplastado, inerme, entre los brazos de su hija, presa de pánico, que intentaba arrastrar el pesado cuerpo vacilante...

Rock Gambler encontró una ayuda en Walter Ridgeon que a su lado, formaba parapeto entre los dos comediantes y los primeros que habían ya asaltado el escenario y que eran cinco soldados sudistas.

—¡Apartad los dos! —gritó uno de ellos—. Ese hombre y su mujer tienen que saber que no pueden insultar impunemente a...

—Ruego ser informado, señores.

La frase, emitida con voz pausada pero sonora, por un individuo que acababa de subir al escenario, surtió un efecto milagroso. En el alboroto de gritos, entre el griterío de los que pretendían asaltar el tablado, la presencia del recién llegado, infundió un repentino respeto.

Rock Gambler pestañeó en el colmo de la sorpresa y la misma actitud de pasmo tenían todos los concurrentes de la sala.

—¡"Muro de Piedra"! —fueron murmurándose unos a otros.

La figura del místico y puritano General Jason Blake, presente en aquel local de diversión, había surtido el mismo efecto y silencio, que causaría un milagroso amanecer soleado en plena noche tormentosa.

Richmond entero respetaba al "General loco".

Y Jason Blake, como si estuviera ante su pizarra del aula, repitió:

—Ruego ser informado, señores.

Los soldados, inmovilizados en rígido saludo, sentíanse desprovistos de palabras. Rock Gambler enfundó las pistolas que ya había exhibido como elemental medida de prudencia ante el asalto:

—El profesor que bebió varias copas de más y se puso a recitar chocheces de Troya y decir boberías, mi General.

Jason Blake, como si su presencia allí fuera otro número del programa, comentó:

—El profesor no es un militar y, por lo tanto, en él la embriaguez es un eximente. Ruego a cuántos me oyen, olviden este incidente. Yo conocí en otros tiempos al profesor Magnus, y... reconozco que su embriaguez y sus imprudentes palabras tienen excusa. Ruego al tramoyista corra el tupido velo

del telón. Olviden que estoy tras el telón, señores, y prosiga la fiesta sin mi presencia.

El telón barrió el suelo, impulsado por dos tramoyistas improvisados y tras la gruesa tela, quedaron aislados Ridgeon, Gambler y el General.

Mary Cork había logrado llevarse a su padre por entre bastidores, pasando por entre asombradas bailarinas y cantantes.

Jason Blake contempló la risueña ojeada con que le miraba descaradamente Rock Gambler.

—Entré en la sala cuando empezó el alboroto, quería ver al profesor Magnus y también a usted, Gambler.

—Dos pájaros de un tiro, mi General. Y ha sido un cartucho bien disparado. Una llegada oportunísima.

—¿Conocía usted al profesor?

—No. Es la primera vez que le he visto y oído.

—Entonces, ¿atribuyo a filantrópicos fines su principio de defensa?

—Ganas que tengo siempre de llevar la contraria a la masa. La masa pedía el cuero cabelludo del profesor y yo me sentí el bravo defensor del beodo placentero y la ninfa acosada.

Jason Blake echó a andar y seguida por Gambler y Ridgeon llegó hasta el camerino, donde Magnus Cork y su hija estaban oyendo la iracunda voz de Olinda Tarnel:

—...maldito borracho imbécil. Ha provocado usted a todos. Todos nosotros estamos indignados. Usted, irá a la cárcel por...

—Échate agua fría, hermosa —intervino Gambler—. El General Blake quiere hablar en privado con el profesor.

Olinda Tarnel hizo un saludo respetuoso al divisar a Jason Blake. Y salió sin darse cuenta de que el empujón amable que la sacaba del camerino era obra de Gambler.

Magnus Cork se puso en pie:

—¿Has venido a regocijarte, Jason Blake? ¿Te complace verme convertido en hazmerreír?

Sin inmutarse, Jason Blake señaló la puerta:

—Ruego me dejen a solas con *Mister* Cork y su hija, señores.

Gambler y Ridgeon salieron del camerino. Cerró la puerta tras de sí, Gambler, y ya en el exterior, sonrió:

—Soy poco curioso, Capitán, pero daría diez dolares, por saber cuáles son los dos misterios que se ventilan ahí dentro.

—Oiga, a mí los misterios me tienen sin cuidado. ¿Por qué diantres salió usted en plan heroico?

—¿Y usted por qué se sintió también defensor de los débiles y oprimidos?

—La muchacha... Parecía tan en su sitio, en el escenario, como yo vistiendo de piel roja. Tuve pena de ella.

—Supongamos que yo también me enternecí viendo a la doncella en

peligro.

—Este General, ¿es el que compra la mercancía?

—Sí. Es un ejemplar raro de la fauna animal. Quedan pocos como él y usted. Es bueno, honesto y sentimental. ¿Se va, viejo?

—Es tarde y ya no tengo nada que hacer por aquí. A bordo estaré.

—Duerma a gusto.

Adosóse Gambler junto a la puerta cerrada y poco después de haberse ido Walter Ridgeon, vió a lo lejos a Olinda Tarnel.

Discutía con Larry Gains, el cual, de vez en cuando, echaba una ojeada hacia el camerino cerrado.

Indolentemente, Rock Gambler, haciendo saltar en su diestra el dolar de oro, aproximóse. Quedó Olinda Tarnel mirándole desafiante, mientras Larry Gains se alejaba.

—Hola, hermosa. Esta noche llevas un perfume especial. Me produce debilidad.

—Yo misma le he dicho a Larry que se vaya, porque, no quiero ya más peleas.

—Yo tampoco, encanto. ¿Por qué no hacemos las paces?

—¿Qué trampa preparas?

—Es una pena que seas tan desconfiada. Vengo a fumar la pipa de paz contigo, Olinda. Reconozco que he sido imbécil. ¿Por qué si por la calle pasa un arroyo de oro, nos colocamos tú en una acera y yo en la otra? Juntos valdríamos mucho. Un hombre como yo, respaldado por una mujer bonita como tú...

Recelosa, miro ella sombríamente al aventurero:

—¿Qué juego te traes?

—Admitir que hasta ahora fui un estúpido. Tú eres un gran triunfo, el mejor *as* entre mis manos. Podríamos llegar a un acuerdo. Por ejemplo —y acercó sus labios al oído de Olinda—. ¿No quieres ayudarme en una doble jugada magnífica?

—Habla.

—Eso hago. ¿Para qué espiarme en la sombra? ¿Para saber cuándo y dónde desembarcaré las armas? ¿No sería mejor que yo cobrase por venderlas y tú con tus tres zorros os apoderaseis del cargamento con mi propia orientación? Doble beneficio. ¿Te das cuenta, campeona?

Los labios de Gambler rozaron la nacarada oreja, descendiendo por la mejilla y el cuello hasta el suave hombro desnudo.

Olinda Tarnel, a su pesar, estremeciósese. Se sabía bonita e irresistible. Consideraba lógico que, al final, él hubiera sucumbido.

—Podremos hablar más largamente si lo deseas, Rock —dijo, apartándose, y sonriendo—. Pero tendrás que convencerme de que no hay engaño en este cambio tuyo.

—Cambio si cambias. Beso si besas. Gruñiré si gruñes. Pero ¿no será mucho mejor que juntos desvalijemos a todos esos incautos sudistas y

contando nuestros caudales, maullemos amorosamente en los brazos del triunfo mutuo? No lo pienses mucho, Olinda. Hombres como yo, no abundan.

—Tampoco mujeres como yo las hallarás en cada esquina.

—Tú y yo juntos, dulzura, y el mundo nos servirá de alfombrilla.

Olinda Tarnel si bien íntimamente tensa aun ciertos recelos, murmuró:

—Podremos llegar a un acuerdo...

—Dame entrada libre a tu despacho hacia... las dos de la madrugada.

¿Vale?

—Bien. Ahora... vuelvo a la sala.

—De aquí a las dos se me hará un siglo.

Marchóse ella, y Gambler volvió a su lugar de espera junto a la puerta del camerino. Sonreía sarcásticamente mientras hacía saltar la moneda en su diestra: "El vulgar halago es asombrosamente efectivo en las vulgares halagadas".

La olvidó, para pensar de pronto que muy largo debía ser lo que tenían que decirse el enigmático profesor Magnus y "Muro de Piedra".

Magnus Cork había, entrado en el escenario dispuesto como solía a hacer su propia presentación entremezclando chistes y muy avezado a las interpelaciones del público, no se sentía en lo más íntimo incómodo al oír el prolongado abucheo con que fué recibido.

Había bebido considerablemente, pero estaba habituado a ello. La satírica observación que hizo un ocupante del palco proscenio, tampoco lo inmutó.

Empezó, como habituaba a hacerse, la propia propaganda, anunciando el programa que pensaba desarrollar, cuando súbitamente algo se rebeló es su subconsciente.

Tuvo como una vaharada de calor que invadiendo su cerebro, le hizo recordar la poesía de los antiguos soldados comentando las muertes de sus compañeros.

Estalló en su pecho el hondo dolor acumulado, que a veces la bebida le hacía olvidar... Y fué la pregunta del joven soldado la que revivió en su corazón el dolor, amortiguado por el alcohol, de la muerte de su hijo.

Aquel bravo muchacho, cuatro años más viejo que Mary, que desoyendo sus consejos se alistó en la expedición formada para ir a reprimir una algarada militar en los nuevos y recientes estados de Texas y California del Sur.

La sala donde abundaban los uniformes militares reavivó su recuerdo del día en que la expedición, de regreso y diezmada, formó en el patio de la Academia Militar de West Point y un solemne Capitán fué leyendo nombres.

A cada nombre sonaba un redoble fúnebre de tambores... Y para Magnus Cork, médico titular de la Academia, sólo le quedó de su hijo una medalla. Un frío pedazo de metal, con cinta dorada: "Al héroe".

Al formarse el barullo, Magnus Cork estaba ya semiinconsciente. Los brazos de Mary Cork alrededor de su cuello, la pantalla del juvenil cuerpo, tenso como para protegerle, todo dejó de tener realidad para el profesor Magnus.

No se dió cuenta que era arrastrado por su hija hacia el camerino y tampoco oyó los denuestos de Olinda Tarnel.

Pero al divisar la figura de Jason Blake, volvió a acumularse en el cerebro de Magnus Cork, la imagen del pasado. Sus ojos vacuos, sin vida, se iluminaron excitados:

—¿Has venido a regocijarte, Jason Blake? —le interpeló en pie—. ¿Te complace verme convertido en hazmerreír?

Jason Blake no había variado. Seguía siendo el inmutable sereno militar cuando, señalando la puerta a sus dos acompañantes, dijo:

—Ruego me dejen a solas con *Mister* Cork y su hija, señores.

Volvió a abatirse Magnus Cork, sentándose pesadamente. Jason Blake, respetuosamente, chocó sus tacones ante Mary Cork, desconcertada;

—Permítame presentarme *Miss* Cork. Soy Jason Blake, gran amigo de su padre, hace tiempo que no le veía. Hoy, por casualidad, me enteré de que se hallaba aquí, y he venido a visitarle.

—¡Vete, Blake! —exclamó sordamente. Cork—. Me horripila tu frialdad. Me saca de quicio tu impasible rigidez. Eres una máquina, eres un instrumento que fabrica héroes y los manda al sepulcro ignoto, donde los huesos blanquean sin calor de tierra familiar... ¡Vete, Blake! Tú eres la imagen viva de lo que he querido olvidar. Eres un monstruo devorador de juventudes a las que envenenas con marciales clarines y...

—Padre —suplicó en voz baja, Mary Cork, arrodillándose junto al autor de sus días, y enlazándole por los hombros—. Deberías acostarte y...

—¡Vete tú también! ¡Dejadme solo! Tu cariño es empalagoso. Tus efusiones filiales me fatigan.

Ella, húmedas las bondadosas pupilas, intentó sonreír.

—No te enfades, papá —murmuró—. Si me lo ordenas, te dejaré solo con el caballero.

Magnus Cork hizo un gesto de asentimiento. Ella levantóse y saludando con timidez al General, abandonó el camerino.

El profesor Cork abrió un cajón y sacó un frasco. Lo levantó, mirándolo al trasluz. Quedaban dos dedos de *whisky*.

—¿Quieres un trago, Blake? No hay nada mejor. Es un tónico. Claro que tú seguirás siendo un acérrimo abstemio... ¡porque nunca has sufrido, "Muro de Piedra"! Ya me he enterado que te han puesto esté mote. Te cuadra espléndidamente, Jason Blake. Un muro de piedra contra el que rebota todo sentimiento humano. Y te empiezan a llamar el Bonaparte americano, porque planeas magnificas matanzas. ¡A tu salud, Moloch!

Y Magnus Cork apuró el resto del frasco, limpiándose después los labios con él dorso de la mano. Jason Blake sentóse ante él.

—Habla, di algo, General Blake. No me contemples como a un fenómeno. ¿Dónde está el médico? Murió, Jason Blake... Murió el día que le matasteis al hijo, allá en otras tierras. Eso sí, lo matasteis con todos los honores. Música, discursos, medalla... Pero ¿qué sabrás tú de eso, "Muro de Piedra"? Mírame bien... De costumbre soy un placentero beodo, riente y amable. Bebo porque me hace sentir la cantarina felicidad de la embriaguez con todo su reconfortante despegue de las mezquindades humanas. La humanidad es tonta, Blake. Todos acatan la dictadura del "qué dirán" y por eso mismo, para desafiar al mundo entero, me convertí en profesor Magnus. ¿Recuerdas lo hábil que era yo lanzando cuchillos y haciendo juegos de manos? Siempre tuve algo de bohemio errante en la sangre. Pero por mi hijo, acepté ser un médico que vegetaba en la Academia Militar. Di algo, Blake. Apabúllame con tu desprecio de hombre célebre y morigerado. Escúpeme tu crítica contra mí desordenado vivir humillante.

—Es bonita tu hija, Magnus. Tiene un encanto de recatada honestidad que la hace deliciosa.

—Ah... Por ahí vas a buscar el reproche, ¿no? Entérate bien, Jason Blake. Soy ya una ruina de hombre... pero nadie nunca osó molestar a Mary. He matado dos _veces. ¡Sí! ¡Yo también sé matar sin necesidad de clarines. ¡Maté a dos rufianes que pretendieron molestarla!

—Fuiste y eres un caballero, Magnus. Yo sé que mientras esté contigo, a Mary nada le ocurrirá... Pero cuando faltes, ¿qué será de ella?

—Es muy gracioso lo que dices, General. ¿Te preocupaste, acaso, cuando mi hijo fué a partirse el pecho contra un fusil mejicano? Ahora te preocupa la suerte de mi hija. Tú no conoces su historia. Cuando el héroe murió, Mary seguía en su colegio. Yo la olvidé. La quiero, pero es una mujer. No puede substituir a mi hijo, cuando allá en West Point me entregaron la medalla, no pude resistir aquello. Me parecía que todo vibraba con la presencia de mi hijo. Me marché, y en un poblado del Sur se me ocurrió que para malvivir podía convertirme en el profesor Magnus. Como un reto a vuestra sociedad, ¿sabes, General Blake? Pero no contaba con el carácter de Mary. Ahí donde la ves tan modosita, es testaruda como un bloque de cemento cuando se lo propone. Se escapó del colegio y vino a mi lado. Yo ya había perdido mi licencia... El colegio de médicos me expulsó por "curanderismo" y "ejercicios contrarios a la probidad"... Tu silencio es muy elocuente, Jason Blake.

—¿Cómo puedo ser yo juez tuyo, Magnus? ¿Tan mal me conoces que crees que puedo reprocharte nada? Ya sé que tú no me consideras un obtuso moralizador. Alguna vez he intentado beber, Magnus. No me reproches mi abstención, pero me producían sólo dolores de cabeza y ninguna euforia... Todos tenemos nuestra cruz, Magnus... o nuestra medalla. ¡Mira la mía!

Desabrochó Jason Blake su guerrera y colgando de su cuello, insertó entre la camisa y la piel, apareció un camafeo de preciosa talla. Dió vuelta Blake al camafeo y apareció un "daguerrotipo", en el que, con exquisitos

colores, veíase modelado el delicado rostro de una mujer.

—Tú me has hablado con el corazón en la mano, Magnus. Vas a saber algo que a nadie yo conté. Hace tiempo, cuando era aún un Capitán jovialmente imbécil, me enamoré... Lo hice como siempre he hecho todo: con absoluta entrega de mi alma. Ella me correspondió. Unas fiebres... y sólo me quedó esta medalla, Magnus. Su retrato, que entibia mi corazón sin otro amor porque junto a su lecho de muerte, agoté toda mi capacidad de volver a enamorarme. He sufrido, Magnus. Y me vanaglorio de ello. Creo que el sufrimiento nos ennoblece... Y ahora, excelente profesor Magnus, ¿qué te parece si recordásemos aquellos tiempos en que me llamabas "muchacho"?

Magnus Corkladeó el rostro y bruscamente lo ocultó entre sus brazos cruzados y apoyados encima de la mesita.

—Perdona, muchacho —dijo en voz entrecortada—. Me has adivinado. Has visto que toda mi acidez contra ti, no era más que cierta vergüenza. Pero sólo ante ti siento vergüenza. Mas, ¡te juro por lo que fuí! que mi Mary está conmigo, tan segura como en su colegio.

—No lo dudo, Magnus. Pero, estudiemos fríamente el caso de Mary. Tú vas por lugares donde el balazo parte rápido y las conciencias suelen ser muy elásticas. Si no estás para defenderla, ¿quién lo hará?

—Lo he pensado a veces. Quisiera que se casase... pero, pese a que alguna vez hemos encontrado algún caballero, ella sigue sin enamorarse.

—¿No será porque no quiere dejarte solo? Mírame, "doc".

Las dos últimas palabras casi fueron dichas con voz de mando. Y Magnus Cork obedeció: levantando el rostro, sonrió tristemente y murmuró:

—Habla, muchacho.

—Supongamos que yo te llevo cómo médico en mi brigada. Podríamos dejar a Mary al cuidado de mi hermana y... ¡por la campaña de Polonia! —imprecó puerilmente, demostrando su ineptitud para ello—. ¡Cállate, "doc"! Si dices que no aceptas limosnas o alguna tontería por el estilo, te... propino un bofetón.

—Lo iba a decir, pero no lo digo. ¿Volver a...? No tengo ya licencia. Soy un réprobo. Mis colegas justamente, me han expulsado.

—Yo te nombro médico en mi brigada. Es una orden, "doc". Bueno, ya hemos hablado bastante. Piénsalo en mi casa. Vas a venir con Mary allá.

—No creo que acepte tu ofrecimiento, muchacho.

—Mientras estés en Richmond, tú y tu hija sois mis huéspedes. Vámonos, que a estas horas no suelo yo trasnochar.

Mary Cork, secándose los ojos, al salir del camerino, tropezó con unas anchas espaldas.

—¡Oh, perdón! —bisbiseó, confusa.

Rock Gamblerladeóse para saludar a la hija del profesor Magnus.



—Debo... debo darle las gracias.

—Hay choques de predestinación y hay también mujeres a quienes el llanto les presta mayor atractivo.

—Debo... debo darle las gracias por su generosa intervención, *Mister*

Gambler...

—A mí, no. Al General. Llegó él como el rayo de la guerra y reinó la paz. Que bien cierto es el latinajo: "*si vis pacem, para bellum*".

—"*Stultorum infinitus numerus*" —replicó ella, sonriente. Su natural era propenso a la alegría y la descarada sonrisa de Rock Gambler no le desagradaba.

—¡Marisabidilla! ¿Y a qué viene el citar que el número de los estúpidos es infinito?

—Me refería al público. Y por otra parte, usted fué el primero en exhibirme su cultura latina.

—Bien, bien... Dulce, natural, sencilla, bondadosa, cultiparla, humorista... ¡Caramba! Es usted clásicamente la receta del médico.

—¿Qué receta?

Era tan realmente ingenua la actitud de Mary Cork, que Rock Gambler mitigó levemente su cinismo.

—Me refería al modelo de esposas. ¿Y qué hace su novio que la deja andar sola?

—No tengo novio.

—¿Un voto, o un gusto exigente?

—Salí de colegio hace dos años, y desde entonces no me he separado un solo instante de mi padre. Nunca ningún hombre me ha hablado más de varias palabras. Cuando eran fuertes, yo me iba, y si eran suaves no me gustaban. Y hablando de otras cosas: tengo que decirle un secreto.

—Me encantan, los secretos de colegialas.

—Esta tarde... sin querer, le vi pelear contra los tres caballeros que acompañaban a Olinda. Cuando usted salió, el más alto de los tres, ese que mastica siempre al hablar, asesinó al camarero y dijeron que le achacarían a usted su muerte. Me preocupa mucho esta injusticia.

—Gracias, colegiala. Pero no se preocupe por ello. Una muerte más o menos no tiene importancia en Richmond.

—Pero... ¿lo dice usted en serio?

—Lo digo en broma porque en serio no me gusta hablar. Oiga: ¿la echaron de ahí dentro?

—Es algo que... Mi padre perdió a Bert, mi hermano, en una revuelta de los estados mejicanos. Murió en el campo de honor... y la visión de los soldados entre el público, excitó a mi padre.

—Su padre tenía una borrachera que no se lamía.

La hasta entonces suave muchacha convirtiéndose de pronto en una arisca mujer de ojos llameantes.

—¡Usted no es juez! ¡Rectifique inmediatamente o... o le insulto!

Rió Gambler, divertido.

—Bueno, perdón, fierecilla. Quise decir que su padre "estaba en uvas" y levemente beodo. ¿Queda mejor así?

—¡Usted... un tramposo, un matón, un jugador de ventaja... usted no es

quién para juzgar a mi padre!

—¿Me ofendo yo por que me llama cosas feas? Ande, gatita, sonría y no me saque las uñas.

Ella, levantó los hombros con desdén. Y su gesto mortificó a Gambler.

—Excúseme. Comprendo que mi comentario ha sido estúpido. ¿Me perdona?

—Bueno. Le perdono. Pero no repita, ¿eh?

La naturalidad candorosa con que ella hablaba, causó un extraño desasosiego, en el hombre que, por egoísmo de rehuir amores sentimentales, había hecho un credo de amores fáciles y venales.

—Es usted un encanto, criatura. ¿Cómo se llama?

—Mary Cork.

—Mary... Un nombre que viene como anillo al dedo. Un nombre sin pretensiones, ni complicaciones. Liso, llano, natural. Seguro estoy de que usted apoya la cabeza en la almohada y se echa a dormir inmediatamente.

—¿Y qué de particular tiene eso?

—Usted sabrá remendar calcetines, sabrá guisar, llevará cuentas y todas esas cosas.

—Para eso soy mujer.

—Muy mujer, Mary. Y ¡maldito sea yo! ¿Qué hace usted tocando el tambor en tugurios? ¿No ve que le sienta como un anillo en la nariz?

—Percibo, *Mister Gambler*, que tiene usted la propensión de meterse en asuntos que no le incumben. ¿Por qué se ríe? ¿Tanta gracia le causo?

—Me temo... pero no se lo diga a nadie... me temo que me voy a enamorar de usted.

Enrojeció ella, pensando que "no se había ido al oír palabras fuertes y que las palabras suaves *ahora* le gustaban". Pero, pese a su inexperiencia total en lides amorosas, poseía el innato don femenino del disimulo.

Su mente gritaba:

"¡Es curioso, pero usted, que es un perverso aventurero, no me causa ninguna repulsión! Y hasta creo que sería feliz intentando convertirle, en un marido ejemplar".

Pero sus labios dijeron:

—Su fácil palabreo de Don Juan no me conmueve, *Mister Gambler*.

—Lo mismo le ocurrió al pastor que siempre chillaba porque veía al lobo y cuando llegó de veras el lobo, nadie le creyó.

—¡Mary!

La puerta del camerino acababa de abrirse y Magnus Cork llamaba a su hija. Estrechó la mano de Jason Blake y ella, dócilmente, entró en el camerino.

Jason Blake miró críticamente a Gambler.

—¿Tiene algo importante que hacer o prefiere acompañarme?

—Soy todo suyo, General.

Salieron del local y ya en la calle, murmuró Jason Blake:

—¿Me haría caso si le solicitaba un favor?

—Depende de lo que sea.

—Deje tranquila a Mary Cork.

—¿Estaba acaso ella intranquila?

—Sabe bien a qué aludo. Mary es una muchacha muy distinta a las que usted colecciona. Es la mujer nacida para iluminar un hogar.

—Cásese con ella.

—Le ruego no bromea ahora. Gambler. Quiero que comprenda que Mary Cork es una hacendosa y honesta muchacha, merecedora de un buen marido y con la cual no debe usted jugar. Es una niña inexperta y puede sentirse atraída por la fama de relumbrón que usted posee. Pero luego... sufriría.

—¿Quién? ¿Ella o yo?

—Escuche, Gambler: me he propuesto, por lo que sea, que Mary Cork no siga yendo de escenario en escenario. Podría echarse a perder. Hasta ahora creo que usted y yo, pese a todo, hemos congeniado. ¿Es así?

—Así es. Pese a todo, usted no me disgusta.

—Bien, entonces, ¿puedo suplicarle que no ronde las límpidas faldas de la hija de un buen amigo mío?

—Podría yo casarme con ella.

—El mismo día de la boda sería viuda, porque quizá, por vez primera en mi vida, dispararía yo a traición contra un hombre.

—Le ha dado usted muy fuerte el afán protector. Oiga, hablando medianamente en serio, ¿por qué, si es indudable que Mary será una linda esposa cumplidora, no se casa con ella?

—Hice, una promesa... y le ruego que no sonría. Mi única novia hasta la muerte será mi carrera militar. ¿Cuento con su promesa de hombre de que no abusará de la cándida criatura?

—Usted no entiende ni jota de todo esto, General. Precisamente un aventurero como yo, es el que más peligro corre ante una niña cándida. Pero, ya que no quiero que padezca usted de insomnio por mi culpa, le garantizo que si acaso Mary se sintiera benévola conmigo, haré cuanto pueda por decepcionarla.

—He invitado al profesor Magnus y a su hija a que sean mis huéspedes. Él está Cambiándose y recogiendo sus cosas. Es un problema esto. Ella no consentirá en separarse de él, si él no acepta el empleo que le ofrezco. Y sólo quedaría todo bien, si Mary se casara con un hombre honrado y bueno a carta cabal.

—Escasea este género. ¡Diabólica idea! —rió Gambler—. Conozco yo un perrazo irlandés, que es... En fin, si me he comprometido a arrebatar de las garras de la pérfida Olinda al honesto piloto, ¿por qué no intentar redondear te faena? Iré cogiendo práctica y con el tiempo podré instalar una academia casamentera.

—¿Qué está usted maquinando?

—Oiga, favor por favor. Yo abandono el campo lilial de la linda

colegiala. Usted invita a Stuart Ranger a que pase su convalecencia en su casa.

—¿Quién es ese Ranger?

—El piloto irlandés del "Bealby".

—¿El hombre que peleó con usted por espacio de media hora? ¿El hombre que le derribó de un puñetazo en la mandíbula después de pegarle un puntapié en la rodilla? Goza de mis simpatías. Le invitaré ¿Qué más?

—Torpe he de ser, si no consigo qué el inflamable piloto le haga la rosca a la ruborosa doncella.

—Para emplear una frase favorita de mi buen amigo Magnus Cork, le diré que me horripila su manera de tomarse los sagrados laberintos del amor como si fueran una baraja marcada. ¿Cree que se puede mandar en los corazones? ¿Cree usted que bastará que se vean para que casen?

—El hombre es estopa, la mujer fuego, y viene el diablo y sopla. Pero usted de esos latines no entiende. ¿Para qué quería verme, General?

—El armamento, ¿qué?

Señaló Gambler el cielo donde redonda brillaba la faz lunar.

—Propicia para trovas de amor, mi General, pero no para desembarcar el codiciado manjar bélico. Necesito una noche sin luna, cinco barcasas y veinte soldados.

—La noche sin luna no depende de mí. Pero las barcasas y los veinte soldados se los proporcionaré.

—Necesito que ambos géneros, barcasas y soldados, estén preparados desde mañana al anochecer en Martinique Point, la bahía del norte del río. Y que sepan que me han de obedecer ciegamente, tanto si les extraña como no la orden que yo les dé.

—Así se hará. Si le parece, mandaré a mi ayudante, para que invite al piloto a alojarse en mi casa. Pretextaré que necesito hablar con él de asuntos marítimos, en plan de consulta.

—Si yo fuera pintor, mi General, le retrataría a usted con dos alitas en los hombros. Buenas noches. Ya he disfrutado en exceso de su compañía.

—Buenas noches, Gambler. ¿Puedo fiarme, de usted?

—No. Pero, en cambio, confíe en mi profesión de fe, que es negativa: no fastidiar al prójimo, cuando el prójimo es un buen sujeto como usted o Mary Cork. Buenas noches, Bonaparte.

—Adiós, Fouché.

Y ambos se separaros, muy satisfechos mutuamente.

CAPÍTULO IV

EL DIABLO SOPLA

Magnus Cork y Mary estaban empaquetando sus trebejos y prendas, cuando llamaron en la puerta del camerino. Fué Mary a abrir.

Rock Gambler fué contemplado sin gran amenidad por Magnus Cork.

—Creo que debo agradecerle su intervención a favor nuestro, ¿no, señor?

—Lo hice por amor al arte, profesor. Pero no he venido a oírle a usted, ya que me parece que me guarda rencor por una observación que hice acerca de cojos viendo y ciegos andando.

—Me horripila el fácil humorismo.

—A mí también. El caso es que el General me distingue con su especial benevolencia. Ha invitado a un piloto, que se aloja aquí, a residir en su casa, para hacerle consultas respecto a temas marítimos. Y el piloto, se halla algo tundido. Por sí solo, no podría trasladarse. ¿Tendría usted inconveniente, Mary, cuando yo la avise, de servir de improvisada, enfermera?

—Yo no veo inconveniente, si papá no se opone.

—Tratándose del General Blake, todo es poco. Buenas noches, señor.

La seca despedida de Magnus Cork, hizo que Gambler ondeara risueño la mano. Mary le acompañó al exterior.

—No se enoje con papá. Está de mal humor.

—Pero si es un encanto. Hace bien. Es el oso padre protegiendo a su cría.

—¿Qué quiere usted decir?

Él se lo dirá. Bastará con que, por ejemplo, indique usted que yo le soy simpático.

—¿Qué le hace a usted creer que yo simpatizo con usted?

—Todos simpatizan conmigo... después.

—¡Yo, ni antes ni después! Me está usted resultando un fatuo engreído, *Mister Gambler*. Adiós. Esperaré en el camerino, a que usted avise para trasladar al piloto.

—Lo que siento, es que ya se ha acostumbrado, usted a verme y oírme y el piloto la defraudará. Es un imbécil ingenuo y romántico, muy propio para balar dulzuras. Me tiene inquina, porque...

—Todo eso me tiene sin cuidado —y desapareció ella, cerrando la puerta bruscamente.

Rock Gambler se alejó silbando. Pero mentalmente sintió cierta nostalgia. Quizá le resultara más fácil no hacerse odioso...

Al entrar en la sala buscó con la mirada a Olinda Tarnel. Al no verla, tocó en el hombro a una mulata:

—¿Dónde está la reina, esclava?

—Hola, Rock. Me llamo Celeste. No soy esclava de nadie... hasta ahora.

—Celeste, chocolatín... Avísame cuando quieras ser paladeada

expertamente. ¿Dónde está Olinda?

—Hace un instante se fué a su despacho con Larry Gains. ¿Andas tras ella?

—Ella es la que me acosa. Este vestido escarlata no me gusta, Celeste. Vistiendo de azul contarás con mi aprobación.

—Mañana por la noche repítemelo, Rock.

—Recuérdamelo. Y dime que te llamas Celeste, para que sepa quién eres.

Olinda Tarnel escuchaba con incipiente enojo a Larry Gains. El pistolero de Washington, alto, tenso como un alambre y ceñudamente implacable, desgranaba sus quejas:

—Es un "guarro". Nadie le provocó y ya viste... Pegó a Ned, bañó el rostro de Jackie y me echó la mesa encima. Y tú, estás dispuesta a dejarte convencer por él. ¿No sabes que es el tramposo más indecente que ciñe pistolas?

—Precisamente porque es un tramposo, estoy dispuesta a creerle. Es muy propio de él, fingir que vende el armamento al General y cobrarlo por partida doble, dándonoslo a nosotros. De todas formas, permanentemente tenemos a un "ojeador" vigilando el "Bealby".

—Nos hará una jugarreta.

—Habla en ti el escozor. Él solo os puso en ridículo a los tres y eso es lo que no le perdonas.

—No lo niegues. A ti te gusta él. Antes, como no te hacía caso, todo era insultarlo y animar al piloto. Ahora, porque el muy...

—¿El muy qué, Larry?

El pistolero demostró que sólo una vez le sorprendían. Tenía ya las dos pistolas empuñadas y dirigidas hacia la puerta. Pero Olinda Tarnel se interpuso entre él y Rock Gambler, que en la puerta hacía saltar en su diestra el dolar de oro.

—Calma en las manos, Larry —ordenó ella, autoritaria—. Hemos de ser compañeros en este juego. Más tarde si os queréis pelear, allá vosotros.

—Acepta la generosa oferta de Olinda, Larry —invitó Gambler, avanzando al interior—. Primero, los negocios. Después, el placer. Yo os necesito y vosotros me necesitáis.

Larry Gains enfundó lentamente y apoyó las dos manos en el respaldo de la silla donde volvió a sentarse Olinda.

Rock Gambler sentóse a medias encima de la mesa.

—El asunto está claro. A mí me papan la carga del "Bealby" y quiero cobrarla. Luego, ¿qué culpa tengo yo de que unos listos muchachos se queden con ella cuando estaba ya desembarcada? Esos listos muchachos seréis tú, Larry y tus otros dos compinches. Os cobraré la mitad del valor.

—Yo no fío de ti —dijo Larry Gains, haciendo una mueca.

—Haces bien. Tampoco yo fiaría de ti, Larry querido. La prueba la tendrás cuando terminemos el negocio. Cógelo o déjalo. Tipos como tú,

sombran. Olinda es la que decide. Y ella puede escoger a otros para quedarse con la mercancía.

—Explica tu plan, Rock —dijo ella, amablemente.

—¿Para que lo oiga este "guarro" y luego se vaya de la lengua? —preguntó Gambler, señalando con el mentón a Larry Gains.

—¡Yo no soplo! —gruñó Gains.

—Yo a veces, sí. Me gusta atizar fuegos. Hay desconfianzas estúpidas, Larry. Basta con que pongáis un "espía" a la vista del "Bealby". No me opongo. Él verá salir las barcasas con el género. Los soldados lo encerrarán en el arsenal de la orilla. Dejarán como siempre un par de centinelas. Los quitáis de en medio y asunto arreglado. La carga vale trescientos mil dólares para los sudistas. Bien pueden los del Norte, pagar ciento cincuenta mil.

—Es mucho dinero —dijo Larry Gains—. Bastan cien mil. Nosotros debemos también ganar algo, ¿no, Olinda?

—Yo creo que ya has hablado bastante, Larry amado. Déjame a solas con Olinda. Ella y yo tenemos asuntos particulares para los que tu presencia es deshonesta. Puedes largarte.

—Aquí tú no mandas. Yo me iré cuando...

—Mando yo, Larry. Vete. Ya te llamaré —ordenó Olinda.

El pistolero anduvo lateralmente, mirando a Gambler. Éste le sonrió:

—Cierra la puerta al salir, "guarro". Hay corrientes de aire.

—Ya... hablaremos tú y yo... pronto —masculló Gains, ya en la puerta.

—Te haré el honor de dialogar conmigo tan pronto ultime este negocio.

Fué Olinda la que acudió a cerrar la puerta. Minutos después, arreglándose el cabello ante un diminuto espejo, sonrió:

—¿Por qué al principio estuviste tan poco amable conmigo, Rock?

—Tenía el presentimiento de que tú ibas a ganarme. Y siempre es molesto, para el amor propio. Aun te guardo dentera, por lo del piloto.

—Bah... —y se encogió ella desdeñosa de hombros, acercándose de nuevo a Gambler—. Fué por despecho, pero él no me interesa ni un tanto así.

Y rascó, el borde de la uña del pulgar contra sus blancos dientes.

—Échalo.

—¿Cómo dices?

—Me gustas, Olinda. Pero también influye el hecho de que no puedo consentir que el piloto me birle una conquista.

El diálogo vulgar, era el apropiado para ser comprendido por Olinda Tarnel.

—¿Celos? —inquirió, complacida.

—Mala costumbre. Donde soy el dueño, no admito virreinos.

—Puedes tú mismo ir a decir al piloto que estoy harta de él. Es un imbécil. Me creyó sudista y fué él quien me contó lo del "Bealby". Se creía que yo me pondría contenta.

—¿Ah, sí? —murmuró Gambler.

Pensaba en la frase de Walter Ridgeon: "Yo mismo le entregaría mi

pistola para que se levantara la tapa de los sesos, si supiera que él hubiera sido capaz de revelar nuestro secreto".

—¿Por qué creyó que te ibas a poner contenta? —añadió.

—Se suponía que siendo yo una tontuela sudista, me agradaría saber que él traía armamento para estos remilgados del Sur.

—Es un ingenuo —sonrió Gambler. Besó a la aventurera—. Voy a notificarle que se mude.

—No le pegues. ¡Oh, no porque lo sienta por él! Creo que ya le bastará con la lección que le diste.

—Creo que sí. Creo que le bastará con la lección que ahora le daré. Luego vendré a verte. La noche es aún joven. Y avisa a Larry de que no sea impaciente. Podría echar a perder el negocio, si le busca tres pies al gato.

—Lo amansaré. Tú y yo, juntos, llegaremos lejos, Rock.

—¿Quién lo duda?

Fué ella ahora la que le besó.

Stuart Ranger dormitaba. Aun en su duermeyela, edificaba ensueños. Se casaría con Olinda, la llevaría a Inglaterra y...

—Hola, piloto.

Despertó bruscamente Ranger y dominó el quejido que le arrancó el impulso de sentarse en el catre.

Rock Gambler fué a sentarse en el taburete colocado junto a la cabecera. Había dureza en sus ojos...

—Nadie le llamó. Puede irse. Gambler. Cuando esté mejor, ya le buscaré, pistola en mano. Usted insulta a Olinda y...

—Me apena ver que tiene usted tan duro el seso como las costillas. He estado hablando con el Capitán Ridgeon.

—Si ya sé. Y usted calumnió a *Miss Tarnel*, porque el viejo..., el Capitán Ridgeon no parecía propicio a aprobar mi matrimonio con *Miss Tarnel*.

—Estoy pensando en lo que me dijo el viejo cuando yo insinué que posiblemente, al calor de los besos y caricias de *Miss Tarnel*, usted podría revelar lo que transporta el "Bealby". ¿Enrojece, piloto? ¿Acaso usted, cosa que no puedo creer, reveló algo a *Miss Tarnel*?

—Ella es una sudista.

—Y usted un idiota. Pero hay idioteces que se pagan caras, Stuart Ranger. Usted se comprometió a no revelar una sola palabra. Este fué su compromiso al salir de Londres, enrolado como piloto del "Bealby". Cualquier revelación podía poner en peligro la vida de todos los tripulantes del "Bealby".

Stuart Ranger miró fijamente el rostro endurecido de Gambler.

—Hablé con Olinda..., pero no hay peligro para nadie. Ella se casará conmigo y es sudista fanática.

—Ella no se casará con usted, y es una espía yanqui. Si no me cree, cosa muy natural, puede llamarla. Es mi actual novia. Le engañó a usted como a un

novatillo. La acabo de dejar. Se reía mucho, mientras me besaba. Sus labios son deliciosos...

—¡Calle, maldito sea, o le rompo la cabeza! —gritó Ranger, incorporándose para alcanzar el bolsillo de su guerrera.

Pero la diestra de Gambler llegó primero, y extrajo la pistola.

—¿Le duele saber la verdad, piloto? Aguántese, porque han de dolerle más las palabras que aun me quedan por decirle. Tendré que hacerle saber al Capitán Ridgeon que usted reveló un secreto que no le pertenecía.

Stuart Ranger palideció.

—No... No lo hará, Gambler.

—¿Por qué no? Este fué el convenio. Usted lo sabe. Ninguno de nosotros podía revelar la carga que llevaba el "Bealby".

—Yo creí que Olinda..., ¡mala pécora! No dudo que me ha engañado, porque, si usted lo sabe, es porque ella se lo ha dicho. Comprendo ahora y que fuí un juguete en sus manos. Mintió. Comprendo ahora que si me animó contra usted era por despecho. ¡También le maldigo a usted, Gambler! Pero... he fallado y debo pagar. Yo no puedo consentir que el Capitán Ridgeon sepa... Déme la pistola.

—¿Sí? ¿Para qué? ¿Para que la descargue contra mí?

Y entre sus dos manos ocultaba, Gambler la pistola del piloto.

—Yo he podido ser un imbécil, Gambler, pero no soy un canalla. Déme la pistola.

—¿Y qué le diré al viejo?

—Dígale... —y se trancó la voz de Stuart Ranger—, dígle que cualquier matón de taberna me voló la cabeza. No es preciso que él sepa... Compréndalo. Él tenía mucha confianza en mí. ¡Déme la pistola!

Tendió Gambler el arma. Stuart Ranger la asió nerviosamente, aplicóla contra su sien y apretó el gatillo. Sonó un ruido seco. El gatillo daba en falso. Repitió la presión del índice Ranger, y de nuevo repicó el gatillo en vacío.

Gruesas gotas de sudor inundaron el rostro del irlandés.

Rock Gambler mostró en la palma de la mano las balas que había vaciado del barrilete.

—No es por usted, piloto. A mí me importa un pepino que usted se case o se suicide. Es por el viejo. Yo siento afecto por el Capitán Ridgeon. Él no debe enterarse nunca de lo que aquí ha ocurrido. Le repito que no lo hago por usted, ya que tanto se me da que se pudra usted casándose con cualquier otra *Miss Tarnel*. Pero éste es su último viaje en el "Bealby". También lo es del Capitán Ridgeon. El viejo se quedará en Inglaterra, haciendo cabotaje. Si tanta ansia tiene usted por buscar el consuelo de una esposa para las preocupaciones que un soltero nunca tiene, cásese, pero que el viejo apruebe su boda. Es mucho hombre el Capitán Ridgeon y no se opondría a su boda con Olinda.

Con suma dificultad logró ponerse en pie Stuart Ranger. Se apoyó en la pared con ambas manos.

—No le doy las gracias, Gambler. Pero, en nombre del viejo, le

agradezco que le ahorre a él saber que yo fui un estúpido.

Rock Gambler sonrió sarcásticamente, arqueando las cejas. Sabía que su sonrisa tenía el don de sacar de quicio al piloto. Pero Stuart Ranger, ocupado en vestirse, reprimiendo gemidos, no tuvo fuerzas para inquirir el motivo de la burlona actitud de su rival.

—Estoy pensando que esta noche el viejo me decía: "Ésta muchacha le convendría al piloto". Se refería a Mary Cork. Usted no la conoce. Es una mocita de esas que sirven para buenas esposas, pero se ha enamorado de mí. Sino fatal de la que sucumbe a mis atractivos. Y yo no se lo dije al viejo, pero pensé que bastaría que usted se enamorase de Mary Cork para que yo se la birlara. Otro sino fatal...

Mudamente terminó de vestirse Stuart Ranger. Empezó a andar pero no pudo llegar hasta la puerta. Cayó desplomado en una silla.

—¿Le duelen los riñones, piloto? ¿Quién fué el cochero que le atropelló? ¿Dónde quiere ir?

—A bordo.

—No podrá ser.

—No se burle de un hombre indefenso.

—No lo estaba usted cuando, me soltó el puntapié. Digo que no podrá ir a bordo, porque el General Blake le ha invitado, casi una orden, para que usted le ilustre sobre cuestiones navales. Y como también Mary Cork es su invitada, puedo avisarla para que le acompañe hasta allá. Es una deliciosa enfermera.

—¿Es...otra novia?

—Ella se hace aún la remolona. Pero no resistirá mucho tiempo.

—Si no tiene inconveniente, acepto gustoso el servicio caritativo de *Miss* Cork. La rodilla no me deja andar cómodamente.

—Peor andaría si se hubiese volado el seso. Es hermosa la vida, ¿verdad, piloto? Es muy hermosa... si esquiva usted enamorarse de Olindas y sirenas semejantes. Algún día nos veremos por Inglaterra, y supongo que por entonces estará usted ya preparado. Le daré la revancha.



—*No se burle de un hombre indefenso.*

—¡Gustoso! Debería sentir simpatía por usted..., ¡pero no puedo! ¡Usted ha gozado escarneciéndome ante, Olinda!

—Yo llegué después... Usted fué el primero que ganó el beso, contra cien dolares míos. ¿No recuerda ya el puntapié que me atizó? Aguarde aquí, que pasará a buscarle la invitada del General Blake.

Instantes después, Mary Cork, con serio semblante, abrió la puerta del camerino, que había golpeado levemente Rock Gambler. Éste se limitó a sonreír.

—Tenemos el coche agudando, *Mister Gambler*. ¿Está ya preparado el señor piloto?

—*Mr. Stuart Ranger* espera emocionado la caritativa ayuda de su brazo delicado y maternal, linda colegiala. Siga rectamente la dirección de la flecha que es mi brazo, tuerza a la izquierda, suba las escaleras, y... recuérdeme sin impaciencia, preciosa... Volveré a verla pronto.

—Puede evitarme su vista, *Mister Gambler*. Pocos caballeros he tratado,

pero los pocos que conocí eran correctos y hablaban finamente. Adiós, *Mister Gambler*.

—Hasta la vista, encanto.

Mary Cork, taconeando irritada, marchóse. Poco después, Stuart Ranger intentó ponerse en pie, cuando, acompañada por un camarero, llegó Mary Cork.

—No se esfuerce, *Mr. Ranger*. Apóyese en mis hombros. Así... No tema. Soy fuerte, aunque parezco flaca. Mi papá nos aguarda en el coche.

—Gracias, *Miss Cork*. Ya me dijo su prometido que usted era una eficiente enfermera.

—¿Mi prometido?... —inquirió ella, mientras, enlazando por la cintura al atlético marino, le ayudaba a andar.

—*Mr. Gambler*.

—¡Osado sinvergüenza!... —clamó ella, indignada—. Antes me moriría, que consentir que este aventurero mal educado me... rozase siquiera la mano.

Stuart Ranger sintióse repentinamente contento. Le parecía que su reciente "tragedia" con Olinda Tarnel tenía menos trascendencia...

—Yo creo, *Miss Cork*, que Gambler siente por usted una gran inclinación.

—Pues tendrá que inclinarse hacia otro lado. No negaré que al principio me causó impresión... Pero bastó que hablase para que le aborreciese. Es un vulgar grosero, infatuado, e incapaz de sentir... cosas buenas. Mira de una forma, que... molesta mucho.

Stuart Ranger, andando lentamente, apoyado en los hombros de Mary Cork, contempló con un principio de admiración el perfil aniñado y gentil de su improvisada enfermera.

—Eso, está muy bien descrito, *Miss Cork*. En efecto, debe ser molesto para una señorita oír hablar a Gambler. No sabe distinguir, y se creé que todas las señoritas son... En fin, también a mí me es molesto hablar de él. Lealmente debería estarle agradecido, porque me evitó ser el juguete de Olinda Tarnel. Pero le considero un cínico desvergonzado, y le recomiendo, *Miss Cork*, que no se deje influenciar por sus palabras de conquistador.

—¿Conquistador, él? ¡Bah!...

—Verá... Yo oí otras señoritas decir lo mismo, y después...

—No serían señoritas.

—Eso, es verdad.

Y cuando estaban ya en la calle, acercándose al coche donde aguardaba Magnus Cork, sentíanse ambos muy de acuerdo en cuanto hablaban.

Rock Gambler apareció, saltando en su diestra el dolar de oro.

—Un cuadro enternecedor. La bella y el bestia estropeado. Buen viaje, piloto. Hasta pronto, dulzura.

—¡Hasta nunca!... —exclamó Mary Cork.

Y, ya dentro del coche, instalado el piloto delante do Magnus Cork, murmuró ella:

—Creo que sería capaz de olvidar mi educación y arañar y decir palabrotas, cuando veo la mirada y la sonrisa de ese... rufián.

Aprobó calurosamente Stuart Ranger, mientras arrancaba el coche. En la acera. Rock Gambler seguía haciendo saltar el dolar de oro. y si bien sonreía burlón, no descuidaba, apoyar sus espaldas contra la pared.

Podía sentir cierta nostalgia evocando los pardos ojos honestos de Mary Cork, pero no por eso olvidaba la elemental prudencia del hombre que, abstraído en sentimentalismos, podía exponer su vida, como dominado por una peligrosa embriaguez opiática.

CAPÍTULO V

EL "HALCÓN" ESCRIBE...

Por espacio, de seis noches la luna derramó plata sobre el río James, iluminando los diversos lugares de la ciudad de Richmond.

Iluminó con románticas alburas los jardines de la mansión del General Jason Blake, por donde paseaban el piloto Stuart Ranger y Mary Cork.

Iluminó con plateados fulgores las sobremesas que en la terraza sostenían Jason Blake, Walter Ridgeon y Magnus Cork.

Ilumino con agresividad de navaja sevillana los umbrales de los *saloon* por los que a veces salían maltrechos los camorristas.

Iluminó con palideces espectrales la acechante figura de Larry Gains. y sus dos compañeros de riesgo, cuando en la sexta noche de espera vieron entrar a Rock Gambler en la lancha que le conducía al "Bealby".

En la cubierta del buque transporte, una severa vigilancia de marineros, con rifle al brazo, patrullaba. Las órdenes del Capitán Ridgeon habían sido draconianas, y eran obedecidas estrictamente porque los marineros eran los principales interesados en que ningún saboteador pudiera introducirse a bordo.

—Buenas noches, señor —saludó un contraamaestre—. El Capitán acaba de llegar. Está en su camarote.

Walter Ridgeon, de regreso de la mansión del General Blake, sentíase predispuerto a la cordialidad. Su apretón de manos fué efusivo.

—Hemos comentado el General y yo que muchas debían ser sus ocupaciones, por lo poco que le hemos visto.

—Tiene la culpa la luna. Nos está haciendo perder tiempo.

—Oh, no corre prisa. El material está aquí seguro —dijo Ridgeon.

—Oiga, viejo: usted vino a Richmond a soltar el armamento y debería estar ya deseoso de descargar. A medida que pasan los días, está usted manifestando una indecorosa satisfacción. ¿Acaso la luna le es simpática?

—Mucho, insensible jovenzuelo —dijo el inglés, radiante—. He etablado gran amistad con Jason Blake. Es todo un caballero... aunque sea americano.

—Comprendo que le ha escandalizado ver que la caballerosidad no es una exclusiva de ciertos ingleses. Pero ¿necesitan ustedes dos de la luna para ponerse tiernos?

—Me invita todas las noches a cenar. Está ya ultimando sus preparativos, y en el momento menos pensado se pondrá en camino para el campo de batalla. No sé por qué le cuento lo que a continuación le diré, pero, en fin, esta noche estoy de buen humor. El General y yo estamos muy contentos. Él porque apreciaba al piloto Ranger, y está de acuerdo en que será un buen esposo para Mary, y yo, porque aprecio mucho a Mary Cork.

—Tendré que asomarme por ahí.

—Hágalo —dijo, desafiante, el marino—. Esta vez sí que no le birla

usted la novia a mi muchacho. Y excúseme por haber empleado una de sus finas expresiones.

—Será porque no me lo propongo.

—No se las dé de tuno conmigo. El General y yo, en privado, estamos de acuerdo en que usted hizo cuanto pudo para desengañar a Mary de su natural atracción, y a la vez supo usted irritar el amor propio del piloto. Éste empezó casi por afán de venganza contra usted, y está enamorado hasta el tuétano. Los dos muchachos son graciosísimos. Él le dice: "Temo que ya no podré pasarme sin ti, Mary", y ella le replica: "No te importe. Me gusta servir para algo". Y entonces él dice: "En Inglaterra la vida de hogar es..."

—Oiga, viejo: si usted está ya chocheando, yo no.

—¿Considerará chochez el que le dé las gracias por su agradable intervención?

—Hemos de tardar en volver a vernos, Capitán. No hay, pues, inconveniente en que nos manifestemos dispuestos a cariñitos. Últimamente estoy un poco reblandecido, debido a haber hallado tres hombres buenos en mi camino. Pegaré más fuerte en lo futuro.

—Si usted quisiera... Yo siempre, he pensado lo mismo. He pensado que si usted hablara en otros términos, no se captaría enemistades, sino grandes amigos.

—Si yo hablara en otros términos, Mary no estaría arrullándose con el irlandés. ¿Para cuándo la boda?

—El profesor Magnus ha aceptado ser el médico de la brigada del General. Por lo tanto, Mary puede ya irse tranquilamente. Pensábamos el muchacho y yo que sería magnífico un retorno del "Bealby" a Londres, conduciendo a dos recién casados.

—Y usted entrándoles el desayuno todas las mañanas. ¡Será precioso!... Buena idea, Capitán. Una imagen de la vida. El "Bealby" trajo material para disminuir la población, y, al regreso a Londres contribuirá al aumento de población. Ley compensatoria. Amor y guerra. Y ahora pasemos a las cosas serias. Aunque yo, como el piloto, considero también que la única cosa seria que hay son las mujeres. Sólo que con una diferencia: estimo que no tomándolas en serio, nada hay más agradable que las mujeres.

—Cuando dejen de gustarle todas en general, y aprecie a una en particular, entonces resolverá usted su problema.

—¿Quiere usted casarse conmigo, viejo? Le tengo aprecio. Bueno, pese a la luna, a las cinco de la madrugada que sus hombres estén dispuestos para transbordar todo el material a las barcasas que llegarán con soldados.

—Pero ¿no dijo usted que temía que hubiera gente yanqui intentando echar mano a la carga? Si hasta ahora no se atrevieron, es porque no podrían tomar por asalto el "Bealby", a menos de ser muchos.

—La consigna será, por ejemplo: "Amor y guerra". Usted no se meta en preocupaciones. Piense sólo en el nieto venidero. Límitese a estar en su sitio, que es el puente de mando. Del resto, me encargo yo.

—Yo me inmiscuí en sus asuntos, *Mr. Gambler*, porque estimo peligroso el conducir la carga a tierra.

—Sólo habrá peligro para los que me han estado dando quebraderos de cabeza con su acecho. De aquí a las cinco de la madrugada, hay tiempo suficiente para que los carpinteros construyan varias cajas grandes.

—Usted manda, *Mr. Gambler*. Observará que no pregunto de qué utilidad ha de ser perder el tiempo construyendo cajas, cuando todas las municiones y armas están ya encajonadas muy expertamente.

—Deponga la ticsura, viejo. Y si vuelve a llamarme "*Mr. Gambler*", iré a decirle a Mary Cork que expofeso hablé como un vulgar conquistador de taberna. También yo, bajo la luna, sé decir palabras suaves y enternecedoras. Escuche atentamente: la trampa es sencilla. A las cinco de la madrugada y a plena luz de la luna...

Cuando Rock Gambler hubo terminado de exponer su plan. Walter Ridgeon encendió su apagada pipa.

—Yo creo que usted no disfrutaría si pudiera hacer las cosas fácilmente y con limpieza. Estoy por creer que necesita tanto la trampa como yo el aire que respiro.

—Cada uno respira según sus narices. Cambiaremos la consigna, que en vez de: "Amor y guerra", será: "Trampa para los tramposos".

Larry Gains hizo la exposición de los hechos tal como la veía, a Jackie y Ned:

—El asunto está claro. Este "guarro" se propone darnos el gran timo. Olinda está cegada, y no se da cuenta que el muy granuja se dispone a dárnosla con queso, y a mí personalmente me repugna el queso.

—¡También a nosotros!

—Por una parte, ya veis lo que ha pasado. Las autoridades, no sé por qué demonios, se metieron a redentoras, comprando los locales de juego y jarana. Han colocado espías en todos ellos. Por lo tanto, ya nada nos queda que hacer en Richmond. Volveremos a Washington, y tendremos que vegetar de nuevo matando de vez en cuando a algún ciudadano por unos pocos cochinos dolares. Aquí tenemos la ocasión de dar el buen golpe. El todo está en "madrugarle" a ese tipo listo que se cree que nosotros somos de aldea.

—Muy bien dicho. ¿Le suelto cuatro plomos ahora cuando vuelva del barco?... —preguntó, ansioso, Ned "Slums".

—Tú y Jackie no tenéis cerebro. Matáis limpiamente, pero nada más. Ahora no se trata solamente de "darle gusto al dedo". Hay que aprovechar la ocasión. Hay dos posibilidades: el tipo ese juega limpio, por estar enamorado de Olinda, y en ese caso la ganancia será doble. Olinda es la que maneja la caja y pagará los cien mil. Entonces, cuando haya cobrado, es cuando le quitamos de en medio.

—Yo lo haré, que aun me escuecen los ojos del chorro de *coñac* que me escupió, el muy "guarro".

—Pero supongamos que no juega limpio. Tenemos que ver entonces dónde descarga el género. Lo mataremos también, pero entonces, nosotros seremos los que cobremos directamente los cien mil, eliminando a Olinda. En Washington diremos que fué el tipo ese quien se "cargó" a la chica.

—De perlas.

—Y sacaremos, doble tajada. Para eso tengo preparados los tres carromatos que se llevarán las píldoras y los fusiles al Norte. Será un viaje algo peliagudo, pero allá nos pagarán magníficamente.

—Eres todo un talento, Larry —dijo, admirado, Jackie Warner.

Larry Gains sonrió, con su rictus desdeñoso.

—Eso os parece, "atontaos". Cuanto os he expuesto, es lo que vosotros haríais, ¿no?

—Naturalmente —dijo, extrañado, Jackie Warner.

—¿Qué cosa mejor puede hacerse? —objetó Ned "Slums".

—¡Lo que haremos! Hasta ahora me contenté con ser un jefe de muchachos como vosotros, que saben disparar bien. Pero yo soy inteligente, y no quiero perder más tiempo, arriesgándome siempre. Esta es la ocasión. Se trata de varios centenares de miles. He alquilado los tres carromatos, para engañar al "guarro" ese. Él me vigila, como yo a él. Es una lucha de cerebro a cerebro. ¿Qué pasaría si nos llevásemos el género con los carromatos? Primero tendríamos que liquidar a varios soldados, y se nos echarían encima los sudistas. ¿No hay un sistema más fácil?

—¿No vas a querer que el Capitán del "Bealby" te diga: "No se moleste, Larry. Yo mismo, le llevaré el paquete a Washington"...?... —ironizó Ned "Slums", riendo él mismo su muestra de ingenio.

—Eso mismo es lo que pretendo —dijo secamente Larry Gains—. Vosotros andáis por el mundo ciegamente. Yo trato de pisar sobre seguro. He tomado mis informes. El Capitán, del "Bealby" sabe que su armador no le puede exigir mucha responsabilidad si no puede llevar a cabo con éxito su descarga. Los tiempos están muy revueltos, y no es lo mismo enfardar algodón y almacenar azúcar, que transportar armamento. Yo le ofreceré un canje al Capitán del "Bealby". ¿Recordáis al piloto que se alojó para reposarse de la paliza que le dio el "guarro" ese?

—Stuart Ranger. Buenos puños tenía.

—Es el ojito derecho del Capitán. Por un instante, suponte, Ned, que tú eres el Capitán, y que quieres como a un hijo al piloto, y que yo te digo: "El piloto y su novia están en mi poder". Secuestrados, ¿comprendes? Si el Capitán queda convencido de que, al no obedecernos, matamos a los dos tórtolos, ¿qué hará? Llevar la carga a Washington, porque así se lo ordenaré. Doble jugada. Lo que saquemos de la tajada que Olinda entregará al "guarro", y el resto en Washington. Y se acabó el trabajo.

Ned "Slums" y Jackie Warner se quedaron mudos de admiración.

—Dejo de llamarme Larry Gains "el hacha de Washington", si no soy yo el que enseñe a Rock Gambler a manejar el codillo.

Y esta vez el rictus de Larry Gains era triunfal...

—Pero secuestrar al marino y a su novia no es cosa fácil, Larry.

—Facilísima. Yo lo tengo todo estudiado. Cuando Gambler nos diga que se prepara la descarga, mandará un aviso al piloto, diciendo que el Capitán lo llama a bordo. Por el camino, fuera de la casa del General. Vosotros dos le caeréis encima con las capuchas. De la chica, me encargo yo.

—Para la chica se podría encargar Olinda —sugirió Jackie Warner.

—Ella no debe saber ni palabra de todo eso, "pasmao". Es asunto a repartir entre nosotros tres. Aunque, en el fondo, no es tan torpe lo que acabas de sugerir, Jackie. Puedo también engañar fácilmente a Olinda. Le diré que, para asegurarnos el asunto, conviene que los dos secuestrados estén seguros. Ella quiere a Gambler, pero también tiene sus dudas. Y así pensaría que Gambler no podrá enredarnos... ¡Allí vuelve, el "guarro"!

Sobre la plateada superficie del río se destacaba la lancha qué llevaba a Rock Gambler de regreso del "Bealby".

Instantes después se dirigía rectamente hacia donde, sin ocultarse, Larry Gains, apoyadas las dos manos en el cinto, aguardaba, flanqueada por sus dos satélites.

—A las cinco de la madrugada traerán a tierra el género —dijo Gambler, deteniéndose ante Larry Gains—. Después lo llevarán al arsenal del ejército. Y tú tendrás entonces las riendas de tus tres carromatos.

—He pensado que los conductores pueden vestir el uniforme gris y substituir a los de los carros militares. ¿Qué te parece, Rock?

—Perfecto. Eres un talento, "guarro" —sonrió Gambler—. No os "calentéis", guapos. No saldrá ni un fusil de a bordo si no voy yo en persona a dirigir la descarga. O sea, que hasta las cinco de la mañana mi vida es sagrada, ¿estamos? Después..., ya sabes el punto que calzo, Larry.

—Hasta las cinco. Vosotros dos, quedaos por aquí.

—¿Crees que, en vez de hacerlo a las cinco, podría yo desembarcar antes?

—Las cosas, claras se entienden mejor. Yo no me fio de ti, Gambler.

—Esta vez, no tengo por qué hacer tunantadas, Larry. Jugando limpio, saco doble jugo. ¿Hacia dónde vas? Te acompaño si vas al distrito sur.

—Voy al distrito norte.

—Es una coincidencia. Yo también voy al norte...

—Irás solo. Me quedo aquí.

—Si yo fuera susceptible, me parecería que rehúyes mi compañía.

—A solas contigo no voy yo ni al subterráneo del Banco de Richmond.

—Tu recelo me ofende, Larry. Oye: supongo que pensarás jugar limpio. Me molestaría que, por una vez que estamos entre semejantes, pretendieras abusar de mi nobleza.

—Ya hemos hablado bastante.

—Entonces, hasta las cinco, "guarro".

Rock Gambler se separó, andando en retroceso, dando frente a los tres pistoleros, que como gatos acechando, mantenían tensos sus músculos.

—El cangrejo y los tres langostinos —dijo Gambler, a medida que iba retrocediendo hacia los cobertizos—. Reina la confianza. Da gusto estar de acuerdo.

Cuando de un salto desapareció tras una de las casonas de madera del embarcadero los tres pistoleros, a su vez, parapetáronse tras sendos fardos.

Pero cuando, vieron la alta silueta del aventurero alejarse fuera de alcance, camino de la ciudad, comentó Ned "Slums", enderezándose:

—Este "tío" desconfía.

—Cuando amanezca, ya no desconfiará ni de su propia sombra —dijo Larry Gains, algo molesto. Y añadió, en implícito apoyo de su gallardía—: No quise acompañarlo, porque no conviene liquidarlo antes de que comprobemos si realmente descargan a las cinco.

—¿Y si descargan de veras? No olvides que ese tipo, tanto les vende a los del Norte como a los del Sur. Y seguramente, juega limpio en eso, porque piensa cobrar doble.

—Ahora ya os puedo decir que los conductores de los carros militares que esperarán, son tipos que Olinda ha comprado.

—¡Eres grande, Larry!... —exclamó Ned—. Contigo nada falla.

Olinda Tarnel dejó de "atender" a un rico granjero, cuando Rock Gambler, desde el mostrador, le hizo una seña.

—A las cinco, la descarga.

—Larry tiene sus dudas, Rock. Cree que tú preparas algo.

—¿Y él no ha preparado nada? ¿O es que entre bobos anda el juego? El único que esta vez juega limpiísimo soy yo. Compréndelo, preciosa. A mí no hay más que una cosa que me convence: el dinero. El dinero no tiene nunca olor, y tanto me importa el Norte como el Sur. No vendo armas por instinto patriótico, ya que no soy de esta tierra. Por lo tanto, mi único interés está en cobrar del General, y después cobrar de Washington, por conducto de tus hermosas manos.

—Yo he tomado mis medidas. Rock. No es que desconfíe de ti, pero tienes mala fama.

—La fama, cuando es mala, miente, cuando es buena, aun más. Ya ves si yo no desconfío de ti, que te avisé que mejor harías en levantar el campo y volver al Norte. No sé cómo, pero se han enterado de que Washington envió gente decidida. Ya has visto lo que ha ocurrido. Los burgueses se han puesto a controlar el negocio. Me dolería que terminaras mal, encanto... Eres pérfida, pero, tal como eres me gustas. Yo tengo que ir próximamente a Washington. ¿Por qué no haces tus maletas y me esperas allá?

—Cuando termine este negocio. Ya sé que estoy vigilada. Pero he aguardado para marcharme a dos cosas. A que vengas conmigo, y a que este asunto de las armas quede acabado. Me va en ello mi comisión de cincuenta mil dolares.

—¿Confías en Larry?

—Tanto como en ti.

—Lo cual quiere decir una de cal y otra de arena.

—Cuando amanezca, ya estará resuelto todo.

—Pero me huelo que habrá trabajo para la funeraria. Estarías preciosa en un ataúd blanco, pero te prefiero más de viva muy viva, que de muerta tonta.

—¿Pretendes asustarme, Rock?

—No tal, ricura. Yo tengo algo de artista, y la idea de que una escultura palpitante como tú puede ser comida por los gusanos de la necrópolis de Richmond, no me gusta.

—¿Larry...?

—Tú eres la encargada de pagarme los cien mil. Es mucho dinero.

—Larry es inteligente. Me consta..., y cuando todo haya terminado y estemos tú y yo camino de Washington te contaré cosas de él que te asombrarán.

—Así sea... Expresión que se parece mucho a "amén".

—Estás fúnebre, Rock.

Paladeó Gambler la copa de champán.

—Estoy pensando en el proverbio chino: "La primera copa la toma el hombre, la segunda se impone al hombre, y la tercera le quita el sentido",

—Y eso, ¿a qué viene?

—Los niños y las mujeres pueden encender un fósforo y hasta dos. El tercero les quema los dedos. Llevo muchos años viviendo agradablemente rodeado de mariposas como tú y pistoleros como Larry. Poco a poco fuí adquiriendo un sexto sentido, que me previene instintivamente. Algo así como un olor a cadaverina que los demás no perciben. Me consta que Larry será enterrado en Richmond, porque yo quiero seguir viviendo: resulta aburrido pudrirse en una huesa.

—Te estoy adivinando, Rock. Pretendes asustarme para que yo te cuente las medidas que Larry ha tomado, por si acaso tú intentas engañarle, con lo que me engañarías a mí, porque él y yo, con Ned y Jackie, trabajamos en equipo.

—Pese a todo, eres ingenua. ¿No te ha enseñado ya la experiencia que la solidaridad entre el hampa es un cuento de hadas? Ellos, tú y yo, somos lobos, y los lobos se muerden cuando el festín es sabroso. Apártate, que aun estás a tiempo. Aprovecha que el exceso de luna en Richmond me ha debilitado.

—Cuando amanezca estaremos lejos de aquí. Yo no renuncio a este negocio. Son cincuenta mil dolares. En Washington compraré una casa, vestidos, joyas, y tú y yo podemos fingir una vida austera y conquistar el alto mundo.

—La mona, aunque se vista de seda... Te avisé, preciosa. Bésame, ahora que aun estás viva.

Ella sonrió, devolviendo apasionadamente el beso.

—¿Dónde vas ahora, Rock?

—A dormir hasta las cuatro y media. Necesito acumular fuerzas y descansar.

—Hay una cosa que me extraña, Rock. Tú viniste del Sur con un potro negro. ¿Lo vendiste?

—Lo alojé, lejos de yeguas y cuatrerros.

—¿Duerme donde tú?

—Sí.

—¿Dónde?

—Te lo diré mañana por la mañana.

Al irse él, regresó Olinda junto al granjero. Había olvidado ya las fúnebres advertencias de Rock Gambler...

Larry Gains, en cuanto quedó convencido de que dejaba bien tejida la tela de araña alrededor de la carga del "Bealby" y de Rock Gambler, fué a visitar a Olinda Tarnel, a la que encontró en su despacho terminando de efectuar la liquidación de la noche.

Eran ya las tres de la madrugada, y Olinda no ocultó el sincero bostezo que proclamaba su necesidad de dormir.

—No sé cómo puedes pensar en dormir, estando pendiente un negocio tan importante, Olinda —reprochó Larry Gains.

—Estoy tranquila, porque no eres torpe y tú mismo dijiste que eras una araña que tejía un hilo en el que, si Rock pretendía trampear, caería como una mosca.

—Ante ti, puedo enorgullecerme de mis medidas. A los otros dos, voluntariamente les he explicado las cosas confusamente, barajando todas las posibilidades. Para que no sepan a qué carta atenerse.

—¿Por qué lo hiciste?

—No confío en nadie. Si ellos supieran mi verdadero plan, podían haberme traicionado. Tú puedes saberlo. ¿Por qué crees que Rock Gambler no ha tratado de quitarnos de en medio a los cuatro, a ti, a mí y a Ned y Jackie? Porque no sabe si disponemos de otros elementos que estén a la vista del "Bealby" Eso de que localizásemos su barco es lo que le hace contemporizar. Al menos ha contemporizado hasta las cinco de la madrugada, en que no sé qué trampa habrá planearlo. Lo ha hecho así, porque sabía que si el "Bealby" intentaba zarpar, podía exponerse a ser volado. Una carga muy peligrosa.

—Bien: ¿y tú tela de araña?

—Es sencillísima.

—Creo que desconfías demasiado... Rock tiene todo su interés en que

nos quedemos con la carga que ya ha vendido. Gana cien mil dolares que yo le entregaré.

—Pero puede intentar cobrarlos sin descargar. Para eso vigilan en el puerto Ned y Jackie. Y por si descargan tu sobornaste a los soldados que conducen los carros militares que esperan la carga. Pero hay algo que nos asegura contra toda trampa de Gambler. Yo he conseguido un *as* de los buenos. El Capitán del "Bealby" adora al piloto que es su hijo adoptivo. Y Stuart con su novia están aquí —y Larry Gains, melodramáticamente golpeó el suelo con el tacón.

—¿Aquí?... —inquirió, sorprendida, Olinda.

—Ned y Jackie los han dejado a los dos bien amarrados en mi cuarto y han vuelto a su vigilancia del "Bealby". Si a las cinco lo que descargan, por orden de Gambler, son cajones llenos de arena, yo conminaré al Capitán Ridgeon para que él mismo, lleve la carga a Washington, o él mismo, al negarse, firmará las sentencia de muerte del piloto y su novia.

Olinda Tarnel silbó aprobativamente.

—Esta tela de araña es sólida, Larry. Pero no creo que tengas que liquidar a los dos novios. Gambler tiene ya interés en quitarse de encima la explosiva, mercancía del "Bealby" y venir a cobrar los cien mil. Hemos pactado él y yo.

—¿Y confías en él? Yo no lo haría.

—También él me previno contra ti. Pero en este asunto los tres tenemos que actuar sin traicionarnos. Así lo exige nuestra inteligencia y el propio interés. Y ahora, me echaré un rato. A las cinco vendrá Rock. No debes pelear con él. Larry. No te ofendas, pero no podrás vencerle. Hasta luego.

Larry Gains levantóse, haciendo un gesto indefinible a guisa de despedida.

Instantes después entraba en su propio cuarto, donde, sólidamente atados y amordazados, Stuart Ranger y Mary Cork, hombro contra hombro, estaban sentados en el suelo, inmóvil el busto, amarrado contra las patas de hierro de un pesado armario.

En los ojos del piloto brillaba la ira. En los de Mary Cork, el miedo y la desesperación. Este último sentimiento la invadía, viendo en trance de no realizarse el viaje de bodas a Londres con el hombre que por su bondad había sabido despertar en ella todo el caudal de inmensa ternura que atesoraba.

Larry Gains limitóse a comprobar que no había fuerza humana capaz de deshacer las abundantes y expertas ligaduras que mantenían prisioneros a los dos jóvenes.

Pero al ir a salir necesitó satisfacer su sadismo de criminal. Desde la puerta, expuso sombríamente:

—Rezad, porque no doy un dolar por vuestras vidas.

Aumentó en los ojos de Mary Cork la expresión desesperada, y en los de Stuart Ranger la de ira, cuando cerróse la puerta, sumiéndolos en las tinieblas del cuarto sin ventanas.

Lo que perdió a Larry Gains fué un exceso de astucia. Al abandonar el cuarto donde estaban prisioneros Ranger y su prometida, miró a ambos lados del estrecho y oscuro corredor.

Quedóse unos instantes pensativo, y la idea que se le ocurrió le pareció ingeniosa y digna de ser puesta en práctica inmediatamente.

No vio que el individuo que subía cautelosamente las escaleras se ocultó rápidamente bajo uno de los rellanos, al verle ascender. Y tampoco pudo ver que Rock Gambler, mientras él subía, extrajo de su sombrero y aplicó en su rostro un extraño antifaz que semejaba un halcón.

Tampoco pudo presenciar cómo el sombrero quedaba pendiente de un botón de la chaqueta, bajo el macferlán largo y negro abrochado hasta el cuello, y que convertía la atlética silueta en un estilizado y negro cuerpo de rostro enmascarado.

Subió "El Halcón" las escaleras, llevando en la diestra, el látigo arrollado alrededor del corto mango...

Olinda Tarnel, cansada, dormía, Larry Gains deslizóse en la obscuridad, hasta llegar a la mesilla de noche. El hermoso reloj de esfera descubierta, sin cristal, marcaba las tres diez minutos. Los dedos de Larry Gains hicieron correr las manillas hasta colocarlas, respectivamente, en el número seis y en el tres.

Deshizo lo andado y salió de la alcoba andando hacia atrás, para colocarse delante de la puerta, que golpeó antes de empujarla.

Sus golpes habían sido recios, y, cuando entró, Olinda Tarnel, sentada en el lecho, había encendido, ya el quinqué, y su diestra estaba oculta, bajo la almohada.

—Ya está... —anunció Larry Gains, dando a su voz una entonación triunfal. Sabía ya dónde guardaba Olinda un arma. Ahora sólo quedaba saber dónde guardaba los cien mil dolares, Olinda Tarnel, extrañada, miró su reloj.

—¿Las seis y cuarto? —musitó. Y su diestra reapareció desnuda, dejando de ocultarse bajo la almohada—. Tengo la sensación de no haber dormido ni cinco minutos.

—Rock Gambler no hizo trampa. Descargó el material. No tardará en venir. Tenías razón, Olinda. Más vale que no pelee con él. Me voy antes de llegue.

Olinda Tarnel, ya en pie, revestía su bata, e inconscientemente se dirigió hacia un cuadro pendiente de la pared. Un cuadro grande, que representaba el "Arrepentimiento de la Magdalena"...

A medio camino, un oscuro instinto la hizo volverse. Pero era ya tarde... Para Larry Gains era suficiente: sabía ya dónde estaba el escondrijo

secreto donde Olinda guardaba el dinero recibido de Washington para la compra del material del "Bealby".

Olinda se volvió sólo a medias, porque el bestial culatazo veloz quebró su cráneo... Medio segundo después, el latigazo que restalló desde el umbral rodeó la muñeca armada de Larry Gains, obligándole a soltar la pistola ensangrentada en su culata y dar un giro sobre sí mismo...

Llevó la zurda a la pistola enfundada en la sobaquera, pero un segundo latigazo hizo que la correa, desenroscándose, aprisionara su busto, rodeándole los hombros y los brazos...

Forcejeando dobló el antebrazo, mientras, atemorizado, miraba la silueta del enmascarado... Un recio golpe en la mandíbula le dejó los miembros lacios, y el puntapié que le destrocó ambas quijadas le proyectó hacia atrás, cayendo encima del cuerpo inerte de Olinda Tarnel...

Un nuevo puntapié lo ladeó. Poco después, abría los ojos, chorreante el rostro del agua que encima de él Gambler había vaciado de un jarro,

—"El Halcón"... —murmuró, con los labios ensangrentados.

Vió en el lecho el cadáver de Olinda Tarnel, iluminado fúnebremente por la luz del quinqué. Después miro hacia el cuadro..., y sus ojos extraviados no osaban mirar la figura del bandolero legendario.

Cuando lo hizo, pareció pronto a perder de nuevo el sentido, por la sorpresa que le acometió al ver que "El Halcón", quitando de su rostro el antifaz que dejaba colgando sobre el negro macferlán, le miraba sonriendo con dureza implacable.

—Ponte en pie, "guarro". Esta vez era un crimen productivo. Cien mil dolares. Tu último negocio...

Rápidas, las dos manos de Larry Gains desaparecieron bajo su levita. Pareció como si el techo cayera encima de él, y dos rodillas presionaron encima de sus hombros, inmovilizándole, mientras dos manos rodeaban su cuello, apretando con salvaje saña... Levantóse Gambler, colocando de nuevo en su rostro el antifaz. Dirigióse al cuadro, que apartó, y de la minúscula caja empotrada la pared abrióse bajo sus expertos dedos...

Sacó el fajo de billetes, y regresó junto al lecho. Acariciando los cabellos de Olinda Tarnel, aureolada su cabeza por la mancha de sangre que enrojecía la almohada, murmuró:

—Lo siento, preciosa. Llegué tarde. Mi látigo creyó que Larry Gains no intentaría nada contra ti hasta que no tuvieras entre las manos el dinero, ¡Dinero,!... Ya no me puedes oír, Olinda. Es la primera vez que me da verdadero asco. Será porque "El Halcón" va conquistando mi alma. Por unos papeles con dibujos de mal gusto has perdido la vida, tú que eras una hermosa estatua placentera.

Miró hacia el rostro violáceo del estrangulado Larry Gains:

—Le oí cuando té explicaba su tela de araña, Olinda. Te dije que iba a dormir, pero mi propósito era tratar de averiguar si Larry. Gains tenía gente preparada para hundir al "Bealby" si zarpaba. Ahora... podrá el "Bealby"

zarpar tranquilamente hacia Martinique Point, donde esperan los soldados y las barcasas de "Muro de Piedra". Te avisé, Olinda... Lo presentía. Créeme que como "Halcón" me produce pena tu muerte oscura y sórdida.

Bajó los párpados de la muerta, y, acercándose al cadáver de Larry, le cogió una de las manos lacias. Colocó en ella la pistola en cuya culata había cabellos adheridos a la sangre. Acercóse a la mesa-tocador y, cogiendo unas tijeras, fué recortando uno de los billetes de mil, en el que quedó, como troquelada, la palabra "Halcón". Luego dejó el billete sobre el pecho de Larry Gains.

Antes de abandonar la habitación cuya puerta había cerrado por dentro, registró los cajones de una mesa, de donde extrajo dos sobres. Escribió en uno de ellos, con la letra de Michael Ryan:

"Para Mary Cork, que, privada de bienes materiales, posee tesoros espirituales. Con el deseo de felicidad de "El Halcón"."

Cerró el sobre, tras colocar en su interior cincuenta mil dolares. Cogió otro sobre, y escribió encima:

"Para Stuart Ranger, el buen caballero que supo hallar la verdadera riqueza en el amor de esposa honesta, hacendosa y bonita con luz de alma. "El Halcón"."

Los labios de Rock Gambler sonreían sarcásticamente al colocar en el interior del sobre los cuarenta y nueve billetes restantes. Miró los dos abultados sobres grandes, restallantes y repletos.

—¿De acuerdo, "Halcón"? Hasta el mismo Rock Gambler no protesta, porque es dinero manchado con la muerte de una obra de arte que también pudo haber sido una Magdalena arrepentida. Ley de la vida... Dos muertos, dotan de bienestar dos vidas dignas... Gracias, "Halcón", por haberme inspirado una idea digna de ti.

Mary Cork, al ver abrirse la puerta, estremeciósse, y su hombro transmitió el mudo pavor que sentía a Stuart Ranger, que, temiendo por ella, mordía desesperado, su mordaza.

La escasa luz que filtró la puerta abierta dibujó la negra silueta del enmascarado, que avanzando, depositó ante los pies de cada uno los dos sobres.

Inclinóse de nuevo la alta talla del enmascarado para cortar las ligaduras que rodeaban los hombros y las muñecas de Stuart Ranger. Y el cuchillo liberador cogido de la vaina de Larry Gains quedó encima de las rodillas de Stuart Ranger.

Entumecido, el piloto tardó en reaccionar, porque sus miembros hormigueaban doloridos. Cuando con un sollozo de alegría comprobó que estaba libre, se arrancó la mordaza, gimiendo:

—¡"El Halcón"!

Pero ya el héroe popular del Sur había desaparecido. Y el reciente peligro volvió cauto a Stuart Ranger, que, mientras desataba a Mary Cork y le quitaba la mordaza, impuso silencio a las atropelladas palabras que surgían de los femeninos labios, aplicando en ellos la dulce mordaza de un beso apaciguador.

—Silencio, Mary —aconsejó.

Recogiendo los dos sobres, abandonaron la estancia. Stuart Ranger, con el cuchillo en la mano, iba dispuesto a no pasar de nuevo por la horrenda experiencia reciente.

Pero sin contratiempos enfilaron corriendo, cogidos de la mano, la alameda que conducía a la mansión de Jason Blake.

Sus explicaciones aturrulladas a Jason Blake y Magnus Cork adquirieron más coherencia cuando mostraron los dos sobres y su contenido.

—Todo un caballero —murmuró Jason Blake.

A las cinco y media de la mañana, un marinero del "Bealby" trajo un escrito del puño y letra del Capitán Ridgeon anunciando que se disponía, a zarpar y aguardaba a Mary Cork y al piloto.

La despedida, entre padre e hija no fué triste. Ella sabía que lo dejaba con una ocupación honrosa y junto al bondadoso amigo, y él la vió partir feliz del brazo del honrado piloto.

Pero Stuart Ranger, por un resto de desconfianza, dada la primera y engañosa orden verbal que recibió, creyéndola del Capitán Ridgeon, y que les hizo caer presos a ambos, solicitó una escolta, y Jason Blake puso a su disposición diez soldados, que acompañáronles hasta la ribera.

Hecho que valió un emocionado comentario irónico de Magnus Cork:

—Por vez primera, muchacho —le dijo a Jason Blake—, tus soldados cumplen con una misión que me es grata.

Ned "Slums" y Jackie Warner estaban al acecho, tal como les había ordenado Larry Gains.

Al surgir, repentinamente tras ellos una masa negra que no habían oído llegar porque la arena mitigaba el paso del potro negro, saltaron en pie, abandonando su acurrucada postura de vigilancia del "Bealby".

Los restallidos del látigo que manejado diestramente por la enmascarada figura en cuyo rostro un antifaz semejava un halcón en vuelo, les zarandeó, haciendo caer de sus manos las pistolas.

Pretendieron correr alocadamente en busca de protección. Caían y se levantaban, cegados y ensangrentados. Pero el jinete, implacablemente, fué

persiguiéndoles, y los recios latigazos iban quebrando las energías de los dos asesinos...

El potro, obedeciendo la presión de las rodillas, presentaba siempre su amplio pecho en el camino de huida de los dos asesinos a sueldo, que intentaban, tambaleándose, alcanzar alguna de las casas de madera.

El primer traspies lo dio Ned y otro latigazo lo hizo vacilar para caer en la cenagosa y profunda corriente, donde manoteó en un resto de energías, para hundirse definitivamente.

Jackie Warner, poco después, empujado a la vez por el potente pecho de "Brujo" y alcanzado en la nuca por otro latigazo, cayó de bruces en la viscosa superficie líquida, donde, sin sentido, halló su tumba.

Lanzó al galope Gambler al potro, y poco después, ya oculto el antifaz bajo el forro del sombrero, dio vuelta al amplio macerlán, colocándose de nuevo abierto, sobre los hombros. Lucía ahora un color gris.

Desmontó en el paraje donde una lancha esperaba permanentemente. Un marinero se hizo cargo del caballo, y el otro, mientras remaba, no prestó atención al gesto con que Gambler limpiaba la correa del látigo, en el río.

—¿Cuando venía hacia aquí no oyó gritos, *Mr. Gambler*? —preguntó el remero.

—Sí. Me pareció como si dos cerdos chillaran... A veces los granjeros hacen matanzas por las madrugadas.

—No hay granjas por los alrededores, *Mr. Gambler*.

—Entonces... pudo ser un halcón exterminando a dos buitres. Hace un fresco agradable, ¿no, Johnny? A medida que el amanecer se acerca, las miasmas de la noche se purifican.

El remero no hizo comentario, porque aquello le pareció otra más de las sardónicas chanzas del aventurero inteligente, noctámbulo y depravado.

El Capitán Ridgeon dejó que su pipa se apagara, mientras bebía el café que acababan de traer, apenas hubo entrado en su camarote, Rock Gambler.

—Ahora ya podemos hablar, Gambler. Ya sabe mi costumbre. De madrugada y recién despierto, una buena pipa y después un trago de café, y listos para la charla. Están ya preparados los cajones que usted quiso se rellenaran con hierros y una capa superficial de fusiles inutilizados por quitarles el mecanismo interior de disparo.

—Ya pueden colocar de nuevo los mecanismos. Los cajones pueden servir para hacer el techo de la casita a los dos enamorados. Y en cuanto a los hierros, ya les hallará usted utilidad.

—Escuche, Gambler. Usted es el cerebro director, pero ¿a qué demonios viene todo esto? ¿Qué pasa ahora?

—Pasa que ya estoy seguro de que nadie intentará impedir que el "Bealby" zarpe hacia Martinique Point, donde esperan las barcas y la carga

se efectuará sin molestias.

—¿Y Larry Gains y sus pistoleros?

—Se han ausentado definitivamente.

Walter Ridgeon no hizo comentario alguno. Abrió la ventanilla de la linterna puesta sobre la mesa y aplicó en la mecha un papel retorcido, para encender la pipa.

—Entonces, ¿puedo ya levar anclas hacia Martinique Point?

—Sí.

—Mandaré a un marinero a casa del General Blake. Escribiré una nota.

Al terminar de escribirla, cuando la hubo entregado a un marinero, comentó Ridgeon:

—No me despidió de Blake, porque todas las noches, al separarnos, ya lo hacíamos. Él, porque de un momento a otro, tan pronto reciba la orden, se pondrá en marcha con su brigada, y yo, porque aguardaba su orden de zarpar. No lamento la espera, porque Stuart Ranger ha encontrado ya a su...

—Cuénteselo a quien le interese. Estoy muy a gusto en este sillón, y, cerrados los ojos, no le veo, lo cual me descansa. Adviértame cuando lleguen los tórtolos. Entonces me iré a tierra. Duermo tan pocas veces de lleno, que ahora quiero aprovecharme. Con usted por perro Terranova, dormiré confortablemente.

Walter Ridgeon se dignó sonreír, pero se calló. Recordaba la frase que pronunció Jason Blake, estando con él y Magnus Cork:

"Mr. Gambler deja siempre en mí, pese a cuanto dice, la profunda impresión de que es un cínico fingido, que se molestaría extraordinariamente si supiera que le creo capaz de buenos sentimientos".

Y como Ridgeon estaba muy de acuerdo con la opinión del sagaz General, se limitó ahora a contemplar al hombre que dormía repantigado en el sillón.

Rock Gambler despertó al oír la voz de Stuart Ranger irrumpiendo en el camarote, llevando colgada de su brazo a Mary Cork, luminosos de alegría los ojos de ambos.

—¡A la orden, mi Capitán! Nos han sucedido dos prodigiosas aventuras... Nos raptaron, y Larry Gains iba...

De pronto calló, desligando una mirada poco amable en dirección a Rock Gambler, que, sin levantarse, le miraba con su característica expresión burlona.

También Mary Cork sintióse algo cohibida al recibir el saludo que con inclinación de cabeza le dedicaba el hombre sentado.

Pero Stuart Ranger era feliz. Reanudó su narración:

—...Larry Gains consiguió engañarme fingiendo que usted me mandaba buscar. Salí a toda prisa de casa del General, para que de un árbol me cayeran dos hombres encima. Me pusieron una capucha de esas que también rodean los brazos. Un saco. También cogieron a Mary, y ambos estábamos condenados a morir... Pero intervino "El Halcón". Este magnífico caballero

que sin decir una sola palabra cortó mis ligaduras... ¡Y eso no es todo! Dejé dos sobres. Uno para Mary... Lea, lea. Es algo digno de ser cantado por un romancero. ¡Mire!... ¡A mí también, Capitán!

Leyó Ridgeon en voz alta los dos sobres, y, maravillado, extendió sobre la mesa los billetes de Banco.

—Una dote espléndida, Mary —comentó, contento, Ridgeon—. Y usted también, piloto, es ya un hombre rico. Esta diferencia de mil dólares es curiosa. Cincuenta mil para ti, y cuarenta y nueve para usted, piloto.

—Yo quiero que usted tutee a Stuart —dijo ella, besando en la mejilla al Capitán— no sean tan ceremoniosos.

Ranger tosió, cohibido.

—Escucha, Mary... El Capitán, es el capitán y...

—¡Tú mismo dijiste que lo querías como a tu padre, que nunca conociste, y, que el Capitán era el mejor de los hombres!

Walter Ridgeon, sonriendo con cierta confusión, masculló:

—Bien, muchacho. Yo creo que Mary tiene razón. Podemos ya...

Rock. Gambler bostezó escandalosa y ruidosamente, desperezándose a la vez, con toda la largura de sus brazos.

—¿Esto qué es? ¿Un camarote o un escenario en que se representa el tercer acto del drama sentimental de un autor lacrimoso? Ellos son felices, el padrazo sonríe... y yo me aburro.

Stuart Ranger gruñó:

—Diga lo que diga, Gambler, no nos aguará el contento. Conque, puede ahorrarse sus sarcasmos. Yo no he de pelear nunca más con usted.

—El estado de futuro marido lo vuelve manso. Pero es un materialista. Se casa con Mary Cork porque es más rica que usted, debido a la imbécil generosidad de ese absurdo pajarraco...

—¡No hable mal de quien está muy por encima de usted! —exclamó Mary indignada—. "El Halcón" es un caballero.

Stuart Ranger cogió de encima de la mesa un billete de mil y lo echó frente a Rock Gambler.

—Ahora ella no será más rica que yo. Usted puede quedarse con estos mil dólares, Gambler. Usted que siempre dice que la única, verdad es el dinero, ahí tiene su única verdad. Yo prefiero la verdadera del amor de mi Mary...

—Está muy bonita. Y más aun con sus cuarenta y nueve mil dólares... Bien, Capitán Ridgeon puede decir a la pareja que esto no es una antecámara nupcial, sino un camarote donde usted y yo tenemos que hablar.

Walter Ridgeon, encogiéndose de hombros, besó a Mary en la mejilla, y palmoteo el hombro de Ranger, mientras los acompañaba a la puerta,

—Ella se va convencida de que es usted un detestable sujeto —dijo, al sentarse.

—Lo creo preferible a que me encuentre delicioso. Bien, se le ha apagado la cachimba, Capitán —y con el billete de mil dólares "regalado" por

Stuart Ranger hizo una torcida que acercó a la mecha de la linterna, ofreciéndolo después en llamas para encender la pipa del marino.

Walter Ridgeon parpadeó asombrado, pese a que juraba que nada de cuanto pudiera hacer Rock Gambler le sorprendería nunca. Entre dientes, mientras aspiraba el humo, murmuró:

—Eran mil dolares, ¿sabe? Y ahora son cenizas.

—Esta noche, para mí hasta el dinero tiene gusto a cenizas. Vi morir a una hermosa escultura humana..., y casi, casi, apruebo la labor de "El Halcón" exterminando criminales. Lo que no apruebo es este modo de repartir dinero. En fin, cada mochuelo a su olivo. En Martinique Point esperaré, para ver en buenas manos la carga tan codiciada.

—¿Viene conmigo?

—No, Iré por tierra. Cuando quede terminada la descarga, habré terminado con este trabajo. Y ahora me despido, viejo. Mis próximos pilotos serán otros. En este sobre... No hallará dinero, no. Le comunico a *Lord Dembley* que, ante las crecientes dificultades, haré que tanto los yanquis como los sudistas, según el caso, me proporcionen los marinos suicidas que hayan de realizar el transporte del material. Adiós, Ridgeon.

—Buena suerte, *Mr. Gambler*, Yo... le aprecio... Si algún día nos vemos por Inglaterra, sabrá donde tiene mi amigo de verdad... ¡Fuera esa sonrisa, muchacho! ¡Déme un abrazo!

Rock Gambler se dejó abrazar, y, al separarse del marino, sonrió:

—Hay instantes en que da gusta ser sentimental, ¿verdad, viejo? Es, ¿cómo diría yo?... déjeme buscar algo romántico. ¡Ah, sí!... Como si se comiera uno un buen pavo trufado... Adiós, Capitán Ridgeon.

En el entropuerto, vio Ridgeon alejarse con cierta melancolía la figura del que, por afán de lucha y de vivir en peligro, sorteaba los espinosos obstáculos de un camino voluntariamente elegido en el continente en guerra.

Cuando por la ribera desapareció el jinete montado en el potro negro de briosa estampa. Walter Ridgeon sintió que se iba disipando su melancolía, al percibir la juvenil pareja enlazada que se acercaba.,

Y, sonriendo a un futuro feliz ordenó zarpar rumbo a Martinique Point. Poco después, añadía:

—Usted..., bueno, tú, muchacho, quedas relevado de servicio. Tienes que atender a Mary.

Y ambos hombres rieron alegremente, cuando Mary, enlazándoles por el cuello, reunió los tres rostros.

Al mediodía, Rock Gambler, en mangas de camisa, adosado a un tronco de árbol, en un claro de bosque, a mitad de camino de Richmond hacía Manassas, escribía a la madre de Michael Ryan, el auténtico y desaparecido "Halcón".

Y días después, en Beaufort, Helen Ryan sonreía entre lágrimas leyendo la carta que creía de su hijo:

"Madre:

He pasado unos días deliciosos en Richmond. Cerca de la ribera, del río, he contemplado un barco que zarpaba hacia Londres. Llevaba a bordo tres seres felices, y yo lo era, pensando en ti. Era feliz, porque sé que te alegrará saber que pude contribuir a la felicidad de tres seres buenos como tú. Siempre tienes razón, madre. No es inútil derrochar la bondad, porque es la gran verdad humana. Todos buscan la paz espiritual, y no saben hallar el camino, que no es más que la senda del bien. Por eso estoy orgulloso, madre, de ser "El Halcón ", y, sobre todo, de contar con tu cariño. Él me sostiene y me hace persistir en la misión de luchar contra el mal. Y, por cierto, madre, que tu rencor hacia Rock Gambler disminuya. He hablado con él. Es un cínico aventurero, pero sufrió mucho, y tiene el alma dolorida. Teme que los demás sepan que conserva un fondo de bondad, porque dice que eso fué lo que le perdió. Escúchame: si alguna vez, que no lo creo, volvieras a ver a Rock Gambler, trátale sin rencor. Era mentira que él quisiera delatarme: al contrario, puedo asegurarte que, en cierta ocasión, me salvó de un peligro, pero, sobre todo, hablo así de él porque he comprendido su íntima tragedia. Es un hombre ansioso de ternura, pero, nunca la ha hallado. Tú, madre, tú que tienes un corazón tan generoso, deja un cachito de él para Rock Gambler, y, además, recuérdale en tus oraciones. Supongo que *Myosotis* y Dan serán los seres más dichosos de la tierra. Eso me conforta. Me conforta, tener la certidumbre de que sois felices.

"Mi alma en un beso, madre.

"Michael."

CAPÍTULO VI

LA BATALLA DEL BULL RUN

En Washington, impacientes los unionistas por la lentitud de las operaciones, obligaron al General Scott, que aun no quería tomar la ofensiva al lanzar sobre Richmond el "Gran Ejército" como se llamaba al que tenía MacDowell, fuerte de unos cincuenta mil hombres.

Estaba tan seguro el pueblo de que la guerra iba a ser corta, que muchos voluntarios del Norte se habían comprometido sólo por tres meses y era preciso reñir una batalla antes que expirara este plazo, por lo que el público, como los periódicos, clamaba por un movimiento de avance.

Hubo que complacer a los que gritaban: "Adelante sobre Richmond", y el ejército se puso en movimiento el 17 de junio de 1861, llegando, a las orillas del Bull Run, pequeño río de unos treinta metros de ancho que cortaba el camino, en dirección perpendicular.

Se cumplían las predicciones de Jason Blake, y los demás Generales sudistas, avisados por espías, dirigieron sus ejércitos hacia el Bull Run.

Por eso, al llegar MacDowell, encontró ya al otro lado del río al enemigo apostado en número de treinta mil hombres a las órdenes de Beauregard, extendiéndose en una longitud de unos dieciséis kilómetros.

Reconocido que hubo la posición enemiga, determinó MacDowell amagar un asalto por el frente y la derecha para dirigir el ataque principal por la izquierda, que quería envolver.

Le hubiera convenido más, sin duda, envolver la derecha enemiga para cortar la línea de retirada, pero la posición de los sudistas era muy fuerte por aquel punto y tuvo que desistir.

El día 21 de junio de 1861, y ante un público muy numeroso en el que había bastantes señoras venidas de Washington como si se tratase de una función de teatro, se dió la batalla de Bull Run.

Aquel día, contaba Beauregard con el auxilio de Johnston, que había acudido con parte de sus tropas desde Winchester el día anterior.

Sabía que recibiría el auxilio de la brigada de Jason Blake, durante la batalla, y por eso se determinó a tomar la ofensiva, pero de pronto se vio atacado por los unionistas, que se le adelantaban en la empresa.

Desde la posición dominante que ocupaban los separatistas observaron el movimiento de tropas hacia su izquierda, lo que les hizo comprender que ésta era el ala amenazada.

Y, en efecto, comenzado el ataque, los separatistas empezaron a retroceder en aquel punto, y hubieran sido derrotados a no ser por la oportuna llegada de la brigada mandada por el General Jason Blake, que contuvo el movimiento de retirada y formó un flanco defensivo rápido.

De la defensa pasó al ataque, y cogiendo de flanco y de revés la derecha de MacDowell, decidió el éxito de la jornada, obligando a los unionistas a

batirse en retirarla precipitadamente, precisamente en el mismo momento en que el Presidente Jefferson Davis, llegaba al campo de batalla, a tiempo de ver la retirada de los unionistas.

Aquello, más que retirarla, era una fuga: los caminos se atestaron de carros, de cañones, de tropas, de curiosos que corrían a la desbandada hacia Washington, muy ajenos estos últimos, así como las señoras que, provistas de gemelos, habían acudido a presenciar la derrota de los separatistas, de que habían de verse envueltos en aquel torrente humanó en el que las granadas enemigas causaban no pocas víctimas.

La retirada desordenada no se convirtió en una hecatombe porque MacDowell logró reorganizar sus tropas a la altura de Centreville, y cubrir la retirada y el camino hacia Washington.

Las pérdidas en esta batalla fueron de once mil hombres por parte de los unionistas y menos de mil por parte de los sudistas, gracias a la rápida y oportuna intervención del General Jason Blake, que al llegar a la zona de combate, que había estudiado con anticipación todos sus posibles movimientos, ordenó veloces y estratégicas maniobras que fueron las que, además del nombre de "Muro de Piedra" con que le conoce la Historia, le valieron el sobrenombre del "Bonaparte. americano".

Pero ésta fué la batalla de Bull Run en términos generales. Era el primer combate verdadero entre los del Norte y el Sur. Hubo las pequeñas tragedias anónimas, y entre ellas resaltó la heroica muerte del joven oficial Lewis Melby, ayudante del General Jason Blake.

Esta muerte causó en dos de sus espectadores una reacción distinta. Una reacción tan emotiva, que muchos de los soldados que la presenciaron no pudieron olvidarla en muchos años.

Sucedió cuando ya la batalla estaba decidida... Hasta entonces, el Teniente Melby había realizado arriesgadas correrías, yendo a comunicar a los distintos puntos de mando las diversas órdenes que transmitía Jason Blake.

Corrió y saltó por zanjas, entre las explosiones de granadas que abrían hoyos en el campo de las riberas. Y siempre que regresaba de una de esas expediciones, sudoroso y jadeante, sonreía complacido ante Jason Blake, que le miraba risueño, como aprobando el celo demostrado por el joven oficial.

En el puesto de mando de Jason Blake, Rock Gambler, que se había reunido con la brigada cuando ésta se hallaba ya en marcha hacia el río Bull Run, aguardaba, porque el General hábale dicho que por el instante tenía urgentes quehaceres en que meditar, y que más valía que un "forastero" fuera testigo de la batalla, porque le serviría de experiencia vivida.

Magnus Cork, en una tienda habilitada al objeto, atendía en curas de urgencia a los heridos, muchos de los cuales, llegaban, arrastrándose hasta donde el médico, fría y ceñudamente, prodigaba los primeros auxilios de su ciencia.

Rock Gambler, por no permanecer mano sobre mano, atendió la indicación de Magnus Cork, y le ayudaba en su labor curativa.

—Es usted un experto en heridas, *Mr. Gambler* —comentó una vez Magnus Cork, entre curación y curación.

—Si vendo armas, procuro ver los efectos que causan.

Por dos voces, Magnus Cork, pálido y levemente tembloroso, había acudido a reconfortarse con unos sorbos de *whisky*, la principal medicina que reclamaban los heridos que podían hablar.

Rock Gambler simuló no darse cuenta del combate íntimo que se desarrollaba en el ánimo del médico. No era la visión de las heridas la que causaba desasosiego en el médico. Era el recuerdo de la medalla, que colgando de su cuello, parecía repercutir contra su pecho, latiendo en devolución de sus propios latidos...

Era ya visible él estrago cansado en las filas enemigas. Los unionistas replegábanse en franca huida...

Y fué entonces cuando, curados los últimos heridos, Magnus Cork y Rock Gambler vieron en aquel momento de descanso la figura del cadete Teniente Lewis Melby, joven y arrogante en su nuevo uniforme y en su primera batalla, pasar delante de ellos.

—¡Hemos ganado, señores! —exclamó alegremente—. Mi General ha llevado esta batalla cómo una lección explicada en la pizarra.

Las baterías enemigas iban siendo desplazadas, y alguna de ellas disparaba aún, para cubrir la huida de sus compañeros.

Lewis Melby avanzó para ir a ayudar a un herido que, tambaleándose, se dirigía hacia la tienda, cayendo a veces arrodillado.

Distaba apenas Melby unos veinte pasos de la tienda, cuando una columna de humo se elevó en el suelo, junto a él.

Saltaron por el aire terrones de pardusca arenisca, y la explosión de la granada aureoló de humo la figura del arrogante ayudante.

Dando, un grito, cubrióse el rostro con las manos Magnus Cork. Acababa de recibir claramente la impresión de que presenciaba la muerte de su hijo..., que le habían dicho murió también intentando ayudar a un herido.

Corrió Rock Gambler hacia el lugar donde yacía Lewis Melby.

Pero alguien se la había adelantado. El impasible y siempre flemático Jason Blake, con un esfuerzo de energía nerviosa, abrazaba el cuerpo mutilado del joven, ayudante y, manteniéndolo contra su pecho, avanzaba hacia la tienda.

Esta escena era la que no pudieron olvidar durante mucho tiempo los soldados que la presenciaron...

Estallaron varias granadas a diestro y siniestro de Jason Blake, quien, insensible a todo, seguía avanzando, llevando en brazos el cuerpo desgarrado de Lewis Melby.

De los ojos oscuros y luminosos de Jason Blake caían silenciosas lágrimas. Entrando en la tienda, extendió cuidadosamente sobre la mesa de operaciones al joven Teniente.

Magnus Cork, crispadas las mandíbulas, dijo con voz entrecortada:

—No puedo hacer nada. Se muere...

Lewis Melby, destrozadas las piernas, abierto el vientre y cercenado un brazo, abrió pesadamente los párpados. Vió sobre su rostro, inclinada la faz angulosa y dura de Jason Blake.

Hablaba roncamente por estertores:

—Ha sido... hermoso... mi General... Triunfo...

—Gracias a usted, Melby —y Jason Blake cogió la mano válida del moribundo—. Usted ha sido mi mejor ayudante. Venceremos, Melby...

—No les diga... a mis padres... que he muerto... así... mi General... Dígales que no sufrí... que fué un tiro en el corazón... muerto instantáneamente...

Un ronco sollozo se escapó de la garganta de Magnus Cork. Jason Blake, quitándose el sombrero, inclinaba el rostro, y sus labios se posaron en la frente del que con una última sonrisa, entre atroces dolores, susurró:

—Un tiro... en el corazón... mi General.

La cabeza del moribundo se ladeó, y un sobresalto sacudió sus miembros destrozados. Quedó inmóvil, muerto, mirando en sonrisa crispada el semblante del General.

Magnus Cork bebía, vuelto de espaldas a la mesa, Jason Blake cerró los párpados de Lewis Melby.

La batalla había terminado. Enlaces de los distintos puestos de mando iban trayendo felicitaciones al General triunfante.

Media hora después, ante tierra recientemente removida, en el mismo embudo formado por la granada que le dio muerte, Lewis Melby dormía su último sueño.

Una cruz blanca coronaba el túmulo. Y los clarines tocaron las melancólicas notas de la canción sudista "Dixie", mientras, rígido, en pie y descubierto, Jason Blake susurraba una oración.

Rock Gambler, en la tienda, presenciaba la reacción de Magnus Cork. Éste había bebido copiosamente, y ahora reía con lúgubre carcajada.

—Hermosa canción, ¿eh, forastero? Un canto que antes de empezar la guerra cantaban los novios a sus amadas. Óigala, porque será la canción de los héroes. La cantarán las que inútilmente esperarán el retorno de sus novios. La oirán los padres... "¡Dixie... mi bella flor, me atraen tus lindos bucles...! —tararé enronquecida la voz—. "¡Dixie, mi dulce novia...!

—Está, usted borracho, medicastro —atajó Gambler, dispuesto a irritar al médico para apartarlo de su obsesión.

—Sí, lo estoy... y estoy muy bien, forastero. Me voy a ir... No quiero oír más esta estúpida canción... He pensado que habrá paz eterna, cuando no quede ni un solo ser humano. Por eso, apruebo esta guerra. Que se maten pronto y cuanto antes mejor... Cuantas más guerras se organicen, antes llegaremos a este buen final. Ya que son todos tan idiotas, que se maten, ¿no le parece, forastero?

—Si todos los idiotas tuvieran que morir, sólo quedaríamos usted y yo

vivos.

—Sólo yo.

Jason Blake entró en la tienda.

Comprendió estado el de Magnus Cork con sólo verle.

—Renunció al cargo, muchacho —dijo Magnus Cork, agitando solemnemente la cabeza—. Me voy muchacho. No quiero seguir aquí. Me volvería loco... No te sería útil... Cada muchacho que me traen los camilleros me trae el recuerdo de otro como ellos, joven, fuerte, valiente... Me voy, General.

Jason Blake aprobó con la cabeza.

—Creo, "doc", que ahora que tu hija ya es una esposa feliz, eres tú libre de vagar por el mundo. Te deseo qué puedas sobreponerte.

—Estoy borracho, Jason. No te hago caso.

Rock Gambler salió con el General para exponerle las medidas tomadas, por las que, el armamento del "Bealby" estaba en camino hacia el arsenal central de la brigada.

Despidiéronse ambos hombres, y la última frase de Jason Blake fué:

—Puesto que piensa irse a Washington, recuerde que allá quizá sepan que usted nos vendió armas.

—También usted sabía que vendía armas a los de Washington.

Describiendo eses, salió Magnus Cork de la tienda. Agitó la mano en dirección a Rock Gambler:

—¡Eh, forastero! si va a Washington, ¿por qué no me lleva?

Rock Gambler meditó unos instantes. Iba a la Capital del Norte, en busca de dos pilotos decididos. Le convenía presentarse allá como un fullero cuya única ocupación estribase en vivir del naípe.

La extraña y pintoresca figura de Magnus Cork podía serle útil.

—Si se busca un jamelgo podemos hacer el viaje juntos, "doc".

Poco después, jinete en un caballo manso, que llevaba tras él a un mulo con el equipaje del que volvía a ser el profesor Magnus, Magnus Cork, al lado de Rock Gambler, empezó a desvariar:

—Era hora que dejase a Blake. Más tiempo y me habría convertido en el vulgar amigo. Y yo no puedo ser vulgar.

—¿Cuál es el vulgar amigo?

—Usted, forastero, presume de cínico. Yo creo que le daré lecciones. El vulgar amigo es aquel que espera ansiosamente el momento de poderse vengar de los favores recibidos.

Rock Gambler dirigía su potro hacia el monte Vernon, describiendo una curva que le alejara de las fuerzas en retirada, con las que pensaba reunirse más al Norte, para entrar con ellas en Washington.

Cansinamente, adormilado por el lento trote, abrazóse Magnus Cork al cuello del caballo.

Entre dientes iba cantando la canción "Dixie".

Caía el crepúsculo, y el campo de batalla era ya una ancha extensión

silenciosa.

Rock Gambler, desde una revuelta de la carretera del monte Vernon, examinó el Bull Run, que plácidamente seguía su curso deslizándose por entre el boscoso paraje.

Todo respiraba paz y tranquilidad.

PRÓXIMO EPISODIO:

PULSOS DE ORO

Es propiedad del editorReservados todos los derechos
Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA – Proyecto, 2 – Telf 82981 - Barcelona

Una colección consagrada por el éxito

EL PIRATA NEGRO

Un soberbio personaje que entusiasma por sus rasgos acusados de heroísmo, nobleza y desinterés, y por su viril afán de independencia, justicia y libertad, tejiendo una fascinante historia que tiene sabor de leyenda. Vibrante y emotiva, amena y cautivadora esta novela no requiere alardes propagandísticos; basta considerar la extensión alcanzada para cerciorarse de que se impone por sí misma y de que su triunfo en el mercado se acrecienta día a día.

TÍTULOS PUBLICADOS:

- | | | |
|-------------------------------|---------------------------------|---------------------------|
| 1. La espada justiciera. | 18. Montbar, el exterminador. | 35. Angus el tenebroso. |
| 2. La bella corsaria. | 19. La tumba de los caballeros. | 36. La furia española. |
| 3. Sucedió en Jamaica. | 20. Frente a frente. | 37. Dos españoles en |
| 4. Brazo de hierro. | 21. Esclavitud y rescate. | 38. Intriga macabra. |
| 5. La carabela de la muerte. | 22. Deuda saldada. | 39. La mujer vampiro. |
| 6. El Leopardo. | 23. El holandés fantasma. | 40. El castillo de Cibra. |
| 7. Cien vidas por una. | 24. "Mezzomorto". | 41. Los cuervos. |
| 8. La bahía de los tiburones. | 25. Mares africanos. | 42. Odisea en Italia. |
| 9. El corso maldito. | 26. Enemigos irreconciliables. | 43. Los cuatro dogos. |
| 10. Rebelión en Martinica. | 27. La ciudad invisible. | 44. La princesa azul. |
| 11. Los filibusteros. | 28. El capitán Lezama. | 45. Tres amores. |
| 12. La primera derrota. | 29. Contra viento y marca. | 46. Escala en Tenerif. |
| 13. La dama enmascarada. | 30. Manopla de terciopelo. | 47. Los negreros. |
| 14. Los tres espadachines. | 31. El caballero errante. | 48. Rumbo al Caribe. |
| 15. Los mendigos del mar. | 32. Sucedió en Sevilla. | 49. Rebelión criolla. |
| 16. El Rey de los Zíngaros. | 33. La tizona toledana. | 50. El hijo del Pirata. |
| 17. Noches fantasmales. | 34. Máscara de flores. | 51. El Chacal. |

Un volumen quincenal sólo cuesta **TRES** pesetas

EDITORIAL **BRUGUERA** BARCELONA

Notas

[←1]

Principio de la Guerra de Secesión.